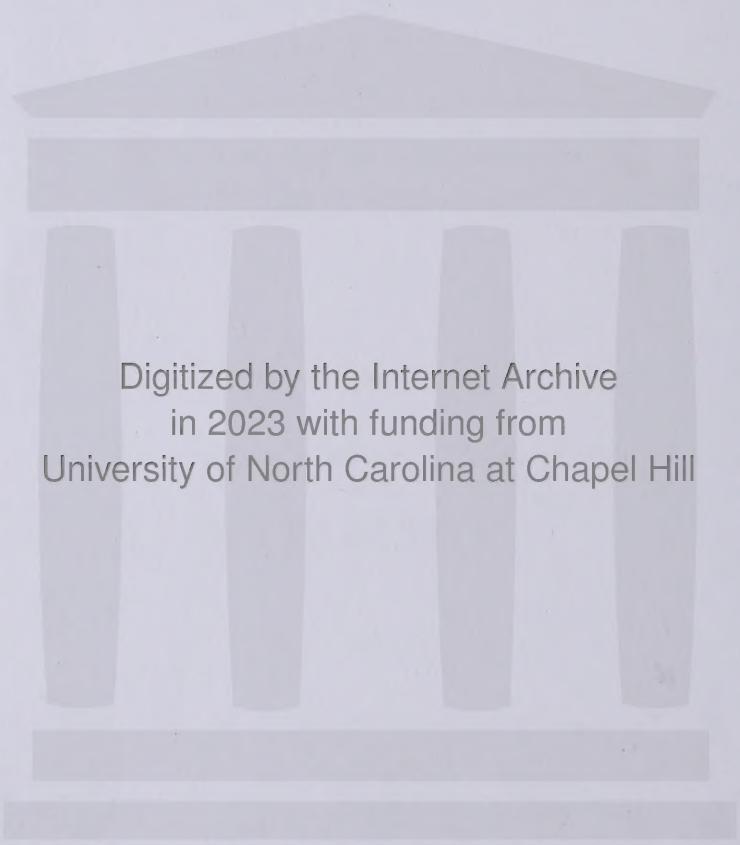
Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elmdicodesuhonra00cald_3

CALDERON de la BARCA.

EL MÉDICO DE SV HONRA

Drama en tres actos.

6979

EL MÉDICO DE SU HONRA

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45, — BARCELO

CALDERON de la BARCA.

EL MÉDICO DE SV HONRA

Drama en tres actos.

BIBLIOTECA
TEATRO POPVLAR,
BARCELONA

PERSONAJES

EL REY DON PEDRO.

EL INFANTE DON ENRIQUE.

DON GUTIERRE ALFONSO.

DON ARIAS.

DON DIEGO.

COQUIN, lacayo.

DOÑA MENCÍA DE ACUÑA.

DOÑA LEONOR.

INÉS, criada.

TEODORA, criada

JACINTA, esclava herrada.

LUDOVICO, sangrador.

UN SOLDADO.

UN VIEJO.

Pretendientes, Acompañamiento, Músicos, Criados y Criadas.

La escena es en Sevilla y en una quinta inmediata

ACTO PRIMERO

Vista exterior de una quinta de don Gutierre, inmediata a Sevilla

ESCENA PRIMERA

Suena ruido de caza, y sale cayendo el INFANTE DON ENRIQUE, algo después salen DON ARIAS y DON DIEGO, y el último EL REY DON PEDRO.

ENRIQUE ¡Jesús mil veces! (Cae sin sentido.)
ARIAS ¡El cielo
te valga!
REY ¿Qué fué?
ARIAS Cayó
el caballo, y arrojó
desde él el infante al suelo.
REY Si las torres de Sevilla
saluda de esa manera,
¡nunca a Sevilla viniera,
nunca dejara a Castilla!
¡Enrique, hermano!
DIEGO ¡Señor!
REY ¿No vuelve?
ARIAS A un tiempo ha perdido
pulso, color y sentido.
¡Qué desdicha!
DIEGO ¡Qué dolor!
REY Llegad a esa quinta bella
que está del camino al paso,
don Arias, a ver si acaso,
recogido un poco en ella,

cobra salud el infante.
Todos os quedad aquí,
y dadme un caballo a mí,
que he de pasar adelante;
que aunque este horror y mancilla
mi rémora pudo ser,
no me quiero detener
hasta llegar a Sevilla.
Allá llegará la nueva
del suceso. (Vase

ESCENA II

DON ENRIQUE, desmayado; DON ARIAS y DON DIEGO.

ARIAS — Esta ocasión
de su fiera condición
ha sido bastante prueba.
¿Quién a un hermano dejara,
tropezando desta suerte
en los brazos de la muerte?
¡Vive Dios!...

DIEGO — Calla y repara
en que, si oyen las paredes,
los troncos, don Arias, ven,
y nada nos está bien.

ARIAS — Tú, don Diego, llegar puedes
a esa quinta: di que aquí
el infante mi señor
cayó. Pero no; mejor
será que los dos así
le llevemos donde pueda
descansar.

DIEGO — Has dicho bien.

ARIAS — Viva Enrique, y otro bien
la suerte no me conceda.

(Llevan al infant

Sala en la quinta de don Gutierre.

ESCENA III

DOÑA MENCIA y JACINTA.

ÍENCÍA Desde la torre le ví,
y aunque quién son no podré
distinguir, Jacinta, sé
que una gran desdicha allí
ha sucedido. Venía
un bizarro caballero
en un bruto tan ligero,
que en el viento parecía
un pájaro que volaba ;
y es razón que lo presumas,
porque un penacho de plumas
matices al aire daba .
El campo y el sol en ellas
compitieron resplandores ;
que el campo le dió sus flores,
y el sol le dió sus estrellas ;
porque cambiaban de modo,
y de modo relucían,
que en todo al sol parecían,
y a la primavera en todo.
Corrió, pues, y tropezó
el caballo, de manera
que lo que ave entonces era,
cuando en la tierra cayó
fué rosa ; y así en rigor
imitó su lucimiento
el sol, cielo, tierra y viento,
ave, bruto, estrella y flor.
CINTA ¡Ay señora ! en casa ha entrado...
ENCIA ¿Quién?
CINTA Un confuso tropel
de gente.
ÍENCIA ¿Mas que con él
a nuestra quinta han llegado?

ESCENA IV

DON ARIAS y DON DIEGO, que sacan en brazos al INFANTE, siéntanle en una silla. DOÑA MENCIA y JACINTA.

DIEGO — En las casas de los nobles
tiene tan divino imperio
la sangre del rey, que ha dado
en la vuestra atrevimiento
para entrar desta manera.

MENCÍA — (¡ Qué es esto que miro, cielos !)

DIEGO — El infante don Enrique,
hermano del rey don Pedro,
a vuestras puertas cayó,
y llega aquí medio muerto.

MENCÍA — ¡ Válgame Dios, qué desdicha !

ARIAS — Decidnos a qué aposento
podrá retirarse, en tanto
que vuelva al primero aliento
su vida. Pero ¡ qué miro !
¡ Señora !

MENCÍA — ¡ Don Arias !

ARIAS — Creo
que es sueño o fingido cuanto
estoy escuchando y viendo.
Que el infante don Enrique,
más amante que primero,
vuelva a Sevilla, y te halle
con tan infeliz encuentro,
¿ puede ser verdad?

MENCÍA — Sí es :
¡ ojalá que fuera sueño !

ARIAS — Pues ¿ qué haces aquí?

MENCÍA — Despacio
lo sabrás ; que ahora no es tiempo
sino solo de acudir
a la vida de tu dueño.

ARIAS — ¡ Quién le dijera que así
llegara a verte !

MENCÍA — Silencio,
que importa mucho, don Arias.

ARIAS ¿Por qué?
MENCÍA Va mi honor en ello.
Entrad en ese retrete,
donde está un catre cubierto
de un cuero turco y de flores;
y en él, aunque humilde lecho,
podrá descansar. Jacinta,
saca tú ropa al momento,
aguas y olores que sean
dignos de tan alto empleo. (Vase Jacinta.)
ARIAS Los dos, mientras se adereza,
aquí al infante dejemos,
y a su remedio acudamos,
si hay en desdichas remedio. (Vanse los dos.)

ESCENA V

OÑA MENCÍA; DON ENRIQUE, sin conocimiento en una silla.

MENCÍA Ya se fueron; ya he quedado
sola. ¡Oh quién pudiera, cielos,
con licencia de su honor
hacer aquí sentimientos!
¡Oh quién pudiera dar voces,
y romper con el silencio
cárceles de nieve, donde
está aprisionado el fuego,
que ya, resuelto en cenizas,
es ruina que está diciendo:
«¡Aquí fué amor!» Mas ¿qué digo?
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
Yo soy quien soy. Vuelva el aire
los repetidos acentos
que llevó; porque aun perdidos,
no es bien que publiquen ellos
lo que yo debo callar;
porque ya, con más acuerdo,
ni para sentir soy mía;
y solamente me huelgo
de tener hoy que sentir,
por tener en mis deseos

que vencer; pues no hay virtud
sin experiencia. Perfecto
está el oro en el crisol,
el imán en el acero,
el diamante en el diamante,
los metales en el fuego;
y así mi honor en sí mismo
se acrisola, cuando llego
a vencerme; pues no fuera
sin experiencias perfecto.
¡Piedad, divinos cielos!
¡Viva callando, pues callando muero!
¡Enrique! ¡Señor!

ENRIQUE (Volviendo en sí.) ¿Quién llama?
MENCÍA Albricias...
ENRIQUE ¡Válgame el cielo!
MENCÍA Que vive su alteza.
ENRIQUE ¿Dónde estoy?
MENCÍA En parte, a lo menos,
donde de vuestra salud
hay quien se huelgue.
ENRIQUE Lo creo,
si esta dicha, por ser mía,
no se deshace en el viento;
pues consultando conmigo
estoy, si despierto sueño,
o si dormido discurro,
pues a un tiempo duermo y velo.
¿Pero para qué averiguo,
poniendo a mayores riesgos
la verdad? Nunca despierte,
si es verdad que agora duermo;
y nunca duerma en mi vida,
si es verdad que estoy despierto.
MENCÍA Vuestra alteza, gran señor,
trate, prevenido y cuerdo,
de su salud, cuya vida
dilate siglos eternos,
fénix de su misma fama,
imitando al que en el fuego
ave, llama, ascua y gusano,

urna, pira, voz e incendio,
nace, vive, dura y muere,
hijo y padre de sí mesmo;
que después sabrá de mí
dónde está.

NRIQUE No lo deseo;
que si estoy vivo y te miro,
ya mayor dicha no espero;
ni mayor dicha tampoco,
si te miro estando muerto;
pues es fuerza que sea gloria
donde vive ángel tan bello.
Y así no quiero saber
qué acasos ni qué sucesos
aquí mi vida guiaron,
ni aquí la tuya trajeron;
pues con saber que estoy donde
estás tú, vivo contento;
y así ni tú que decirme,
ni yo que escucharte tengo.

ENCÍA (Presto de tantos favores
será desengaño el tiempo.)
Dígame ahora, ¿cómo está
vuestra alteza?

ENRIQUE Estoy tan bueno,
que nunca estuve mejor;
solo en esta pierna siento
un dolor.

ENCÍA Fué gran caida;
pero en descansando, pienso
que cobraréis la salud;
y ya os están previniendo
cama donde descanséis.
Que me perdonéis, os ruego,
la humildad de la posada;
aunque disculpada quedo...

ENRIQUE Muy como señora hablais,
Mencía. ¿Sois vos el dueño
de esta casa?

MENCÍA No, señor;
pero de quien lo es, sospecho
que lo soy.

ENRIQUE ¿Y quién lo es?
MENCÍA Un ilustre caballero:
Gutierre Alfonso Solís,
mi esposo y esclavo vuestro.
ENRIQUE ¡Vuestro esposo! (Levántas
MENCÍA Sí, señor.
No os levantéis, deteneos;
ved que no podéis estar
en pie.
ENRIQUE Sí puedo, sí puedo.

ESCENA VI

Dichos, DON ARIAS y DON DIEGO.

ARIAS Dame, gran señor, las plantas
que mil veces toco y beso,
agradecido a la dicha
que en tu salud nos ha vuelto
la vida a todos.
DIEGO Ya puede
vuestra alteza a este aposento
retirarse, donde está
prevenido todo aquello
que pudo en la fantasía
bosquejar el pensamiento.
ENRIQUE Don Arias, dadme un caballo;
dadme un caballo, don Diego.
Salgamos presto de aquí.
ARIAS ¿Qué decís?
ENRIQUE Que me déis presto
un caballo.
DIEGO Pues, señor...
ARIAS Mira...
ENRIQUE Estáse Troya ardiendo,
y Enéas de mis sentidos,
he de librarlos del fuego. (Vase don Dieg

ESCENA VII

DON ENRIQUE, DOÑA MENCÍA y DON ARIAS.

ENRIQUE ¡Ay, don Arias, la caída
no fué acaso, sino agüero
de mi muerte! Y con razón,
pues fué divino decreto
que viniese a morir yo,
con tan justo sentimiento,
donde tú estabas casada,
porque nos diesen a un tiempo
pésames y parabienes
de tu boda y de mi entierro.
De verse el bruto a tu sombra,
pensé que altivo y soberbio
engendró con osadía
bizarros atrevimientos,
cuando presumiendo de ave,
con relinchos cuerpo a cuerpo
desafiaba los rayos,
después que venció los vientos.
Y no fué, sino que al ver
tu casa, montes de celos
se le pusieron delante,
porque tropezase en ellos;
que aun un bruto se desboca
con celos; y no hay tan diestro
jinete, que allí no pierda
los estribos al correrlos.
Milagro de tu hermosura
presumí el feliz suceso
de mi vida; pero ya,
más desengañado, pienso
que no fué sino venganza
de mi muerte, pues es cierto
que muero, y que no hay milagros
que se examinen muriendo.

ENCÍA Quien oyere a vuestra alteza
quejas, agravios, desprecios,
podrá formar de mi honor

presunciones y conceptos
indignos dél. Y yo ahora,
por si acaso llevó el viento
cabal alguna razón,
sin que en partidos acentos
la troncase, responder
a tantos agravios quiero,
porque donde fueron quejas,
vayan con el mismo aliento
desengaños. Vuestra alteza,
liberal de sus deseos,
generoso de sus gustos,
pródigo de sus afectos,
puso los ojos en mí:
es verdad, yo lo confieso.
Bien sabe, de tantos años
de experiencias, el respeto
con que constante mi honor
fué una montaña de hielo,
conquistada de las flores,
escuadrones que arma el tiempo.
Si me casé, ¿de qué engaño
se queja, siendo sujeto
imposible a sus pasiones,
reservado a sus intentos,
pues soy para dama más,
lo que para esposa menos?
Y así en esta parte ya
disculpada, en la que tengo
de mujer, a vuestros pies
humilde, señor, os ruego
no os ausentéis desta casa,
poniendo a tan claro riesgo
la salud.

ENRIQUE ¿Cuánto mayor
en esta casa le tengo?

ESCENA VIII

Dichos, DON GUTIERRE y COQUIN.

TIERRE Déme los pies vuestra alteza,
si puedo de tanto sol
tocar ¡oh rayo español!
la majestad y grandeza.
Con alegría y tristeza
hoy a vuestras plantas llego,
y mi aliento, lince y ciego,
entre asombros y desmayos,
es águila a tantos rayos,
mariposa a tanto fuego.
Tristeza de la caída
que puso con triste efeto
a Castilla en tanto aprieto,
y alegría de la vida
que vuelve restituída
a su pompa, a su belleza,
cuando en gusto vuestra alteza
trueca ya la pena mía:
¿quién vió triste la alegría?
¿quién vió alegre la tristeza?
Honrad por tan breve espacio
esta esfera, aunque pequeña;
porque el sol no se desdeña,
después que ilustró un palacio,
de iluminar el topacio
de algun pajizo arrebol.
Y pues sois rayo español,
descansad aquí; que es ley
hacer el palacio el rey
también, si hace esfera el sol.

ÍQUE El gusto y pesar estimo
del modo que le sentís,
Gutierre Alfonso Solís;
y así en el alma le imprimo,
donde a tenerle me animo
guardado.

GUTIERRE Sabe tu alteza
honrar.
ENRIQUE Y aunque la grandeza
desta casa fuera aquí
grande esfera para mí,
pues lo fué de una belleza,
no me puedo detener;
que pienso que esta caída
ha de costarme la vida;
y no solo por caer,
sino también por hacer
que no pasase adelante
mi intento... Y es importante
irme; que hasta un desengaño
cada minuto es un año,
es un siglo cada instante.
GUTIERRE Señor, ¿vuestra alteza tiene
causa tal, que su inquietud
aventure la salud
de una vida que previene
tantos aplausos?
ENRIQUE Conviene
llegar a Sevilla hoy.
GUTIERRE Necio en apurar estoy
vuestro intento; pero creo
que mi lealtad y deseo...
ENRIQUE ¿Y si yo la causa os doy,
qué diréis?
GUTIERRE Yo no os la pido;
que a vos, señor, no es bien hecho
examinaros el pecho.
ENRIQUE Pues escuchad. Yo he tenido
un amigo tal, que ha sido
otro yo.
GUTIERRE Dichoso fué.
ENRIQUE A éste en ausencia fié
el alma, la vida, el gusto
en una mujer ¿Fué justo
que atropellando la fe
que debió al respeto mío,
faltase en ausencia?
GUTIERRE No.

NRIQUE Pues a otro dueño le dió
llaves de aquel albedrío:
al pecho que yo le fío,
introdujo otro señor:
otro goza su favor:
¿podrá un hombre enamorado
sosegar con tal cuidado,
descansar con tal dolor?
TIERRE No, señor
RIQUE Cuando los cielos
tanto me fatigan hoy,
que en cualquier parte que estoy
estoy mirando mis celos,
tan presentes mis desvelos
están delante de mí,
que aquí los miro, y así
de aquí ausentarme deseo;
que aunque van conmigo, creo
que se han de quedar aquí.
NCÍA Dicen que el primer consejo
ha de ser de la mujer;
y así, señor, quiero ser
(perdonad si os aconsejo)
quien os dé consuelo. Dejo
aparte celos, y digo
que aguardéis a vuestro amigo
hasta ver si se disculpa;
que hay calidades de culpa
que no merecen castigo.
No os despeñe vuestro brío:
mirad, aunque esteis celoso,
que ninguno es poderoso
en el ajeno albedrío.
Cuanto al amigo, confío
que os he respondido ya;
cuanto a la dama, quizá
fuerza, y no mudanza fué:
oidla vos, que yo sé
que ella se disculpará.
IQUE No es posible.

ESCENA IX

Dichos y DON DIEGO.

DIEGO — Ya está allí
el caballo apercibido.
GUTIERRE — Si es del que hoy habéis caído,
no subais en él, y aquí
recibid, señor, de mí
una pia hermosa y bella,
a quien una palma sella,
signo que vuestra la hace;
que también un bruto nace
con mala o con buena estrella.
Es este prodigio, pues,
proporcionado y bien hecho,
dilatado de anca y pecho;
de cabeza y cuello es
corto, de brazos y pies
fuerte; a uno y otro elemento
les da en sí lugar y asiento,
siendo el bruto de la palma
tierra el cuerpo, fuego el alma,
mar la espuma, y todo viento.
ENRIQUE — El alma aquí no podría
distinguir lo que procura,
la pia de la pintura,
o por mejor bizarría,
la pintura de la pia.
COQUIN — Aquí entro yo. A mí me dé
vuestra alteza mano o pie,
lo que esté (que esto es más llano)
o más a pié o más a mano.
GUTIERRE — Aparta, necio.
ENRIQUE — ¿Por qué?
Dejadle, su humor le abona.
COQUIN — En hablando de la pia,
entra la persona mía,
que es su segunda persona.
ENRIQUE — Pues ¿quién sois?

COQUIN ¿No lo pregona
mi estilo? Yo soy, en fin,
Coquin, hijo de Coquin,
de aquesta casa escudero,
de la pia despensero,
pues le siso al celemin
la mitad de la comida:
y en efecto, señor, hoy,
por ser vuestro día, os doy
norabuena muy cumplida.
ENRIQUE ¿Mi día?
COQUIN Es cosa sabida.
ENRIQUE Si su día llama uno aquel
que es a sus gustos fiel:
si lo fué la pena mía,
¿Cómo pudo ser mi día?
COQUIN Cayendo, señor, en él.
Y para que se publique
en cuantos lunarios hay,
desde hoy diré: «A tantos cay
san infante don Enrique.»
GUTIERRE Tu alteza, señor, aplique
la espuela al ijar, que el día
ya en la tumba helada y fría,
huésped del undoso dios,
hace noche.
ENRIQUE Guárdeos Dios,
hermosísima Mencía.
y porque veais que estimo
el consejo, buscaré
a esa dama, y della oiré
la disculpa. (Mal reprimo
el dolor, cuando me animo
a no decir lo que callo.
Lo que en este lance hallo,
ganar y perder se llama;
pues él me ganó la dama.
y yo le gané el caballo.)

(Vanse el Infante, don Arias, don Diego y Coquin.)

ESCENA X

DON GUTIERRE y DOÑA MENCÍA.

GUTIERRE Bellísimo dueño mío,
ya que vive tan unida
a dos almas una vida,
dos vidas a un albedrío,
de tu amor y ingenio fío
hoy, que licencia me dés
para ir a besar los pies
al rey mi señor, que viene
de Castilla ; y le conviene
a quien caballero es,
irle a dar la bienvenida.
Y fuera desto, ir sirviendo
al infante Enrique, entiendo
que es acción justa y debida,
ya que debí a su caida
el honor que hoy ha ganado
nuestra casa.

MENCÍA ¿Qué cuidado
mas te lleva a darme enojos?

GUTIERRE No otra cosa, ¡por tus ojos !

MENCÍA ¿Quién duda que haya causado
algun deseo Leonor?

GUTIERRE ¿Eso dices? No la nombres.

MENCÍA ¡Oh qué tales sois los hombres !
¡Hoy olvido, ayer amor,
ayer gusto, y hoy rigor !

GUTIERRE Ayer, como al sol no vía,
hermosa me parecía
la luna ; mas hoy, que adoro
al sol, ni dudo ni ignoro
lo que hay de la noche al día.
Escúchame un argumento :
una llama en noche oscura
arde hermosa, luce pura,
cuyos rayos, cuyo aliento
dulce ilumina del viento
la esfera ; sale el farol

del cielo, y a su arrebol
todo a sombra se reduce,
ni arde, ni alumbra, ni luce;
que es mar de rayos el sol.
Aplícolo ahora: yo amaba
una luz, cuyo esplendor
vivió planeta mayor (a)
que sus rayos sepultaba:
una llama me alumbraba;
pero era una llama aquella,
que eclipsas divina y bella,
siendo de luces crisol;
porque hasta que sale el sol
parece hermosa una estrella.

ENCÍA ¡Qué lisonjero os escucho!
Muy metafísico estais.

TIERRE En fin, ¿licencia me dais?

ENCÍA Pienso que la deseais mucho,
por eso cobarde lucho
conmigo.

TIERRE ¿Puede en los dos
haber engaño, si en vos
quedo yo, y vos vais en mí?

ENCÍA Pues como os quedéis aquí,
adiós, don Gutierre.

TIERRE Adiós. (Vase.)

ESCENA XI

JACINTA y DOÑA MENCÍA.

INTA Triste, señora, has quedado.

NCÍA Sí, Jacinta, y con razón.

INTA No sé qué nueva ocasión
te ha suspendido y turbado,
que una inquietud, un cuidado
te ha divertido.

(a) Aquí no se comprende bien el sentido. Creemos que el verbo "ió" está equivocado, y que puede ser "bebió, sorbió, cegó", o algún otro que signifique absorción o desvanecimiento de la luz por la presencia del sol.

MENCÍA Es así.
JACINTA Bien puedes fiar de mí.
MENCÍA ¿Quieres ver si de ti fío
mi vida y el honor mío?
Pues escucha atenta.
JACINTA Di.
MENCÍA Nací en Sevilla, y en ella
me vió Enrique, festejó
mis desdenes, celebró
mi nombre... ¡felice estrella!
Fuése, y mi padre atropella
la libertad que hubo en mí:
la mano a Gutierre di,
volvió Enrique, y en rigor,
tuve amor, y tengo honor.
Esto es cuanto sé de mí. (Va

Sala, en el alcázar de Sevilla.

ESCENA XII

DOÑA LEONOR e INÉS, con mantos.

INÉS Ya sale para entrar en la capilla:
aquí le espera, y a sus pies te humilla.
LEONOR Lograré mi esperanza,
si recibe mi agravio la venganza.

ESCENA XIII

Dichas, EL REY, criados, un SOLDADO, un VIEJO, pretendie

VOCES (Dentro.) ¡Plaza!
PRETEN. 1 Tu Majestad aqueste
REY Yo le haré ver.
PRETEN. 2 Tu Alteza, señor, vea
este.
REY Está bien.
PRETEN. 2 (Pocas palabras gasta.)
PRETEN. 3 Yo soy...
REY El memorial solo me basta.
SOLDADO (¡Turbado estoy! Mal el temor resisto.

REY ¿De qué os turbáis?
SOLDADO ¿No basta haberos visto?
REY Sí basta. ¿Qué pedís?
SOLDADO Yo soy soldado:
una ventaja.
REY Poco habéis pedido
para haberos turbado.
una jineta os doy.
SOLDADO ¡Felice he sido!
VIEJO Un pobre viejo soy: limosna os pido.
REY Tomad este diamante.
VIEJO ¿Para mí os le quitáis?
REY Y no os espante;
que, para darle de una vez, quisiera
solo un diamante todo el mundo fuera.
LEONOR Señor, a vuestras plantas
mis pies turbados llegan.
De parte de mi honor vengo a pediros
con voces que se anegan en suspiros,
con suspiros que en lágrimas se anegan,
justicia: para vos y Dios apelo.
REY Sosegaos, señora, alzad del suelo.
LEONOR (Levantándose.) Yo soy...
REY No prosigáis de esa manera.
Salíos todos afuera.

(Vanse todos menos la dama.)

ESCENA XIV

EL REY y DOÑA LEONOR.

REY Hablad ahora, porque si venisteis
de parte del honor, como dijisteis,
indigna cosa fuera
que en público el honor sus quejas diera,
y que a tan bella cara
vergüenza la justicia le costara.
LEONOR Pedro, a quien llama el mundo justiciero,
planeta soberano de Castilla,
a cuya luz se alumbra este hemisferio,
Júpiter español, cuya cuchilla
rayos esgrime de templado acero,

cuando blandida al aire alumbra y brilla
sangriento giro, que entre nubes de oro
corta los cuellos de uno y otro moro:
yo soy Leonor, a quien Andalucía
llama (lisonja fué) Leonor la bella;
no porque fuese la hermosura mía
quien el nombre adquirió, sino la estrella
que quien decía bella, ya decía
infelice; que el nombre incluye y sella,
a la sombra no más de la hermosura,
poca dicha, señor, poca ventura.
Puso los ojos, para darme enojos,
un caballero en mí, que ¡ojalá fuera
basilisco de amor a mis despojos,
áspid de celos a mi primavera!
Luego el deseo sucedió a los ojos,
el amor al deseo, y de manera
mi calle festejó, que en ella via
morir la noche y espirar el día.
¿Con qué razones, gran señor, herida
la voz, diré que a tanto amor postrada,
aunque el desdén me publicó ofendida,
la voluntad me confesó obligada?
De obligada pasé a agradecida,
luego de agradecida a apasionada;
que en la universidad de enamorados
dignidades de amor se dan por grados.
Poca centella incita mucho fuego,
poco viento movió mucha tormenta,
poca nube al principio arroja luego
mucho diluvio, poca luz alienta
mucho rayo después, poco amor ciego
descubre mucho engaño; y así intenta,
siendo centella, viento, nube, ensayo,
ser tormenta, diluvio, incendio y rayo.
Dióme palabra que sería mi esposo;
que ese de las mujeres es el cebo
con que engaña al honor el cauteloso
pescador, cuya pasta es el Erebo,
que aduerme los sentidos temeroso.
El labio aquí fallece y no me atrevo
a decir que mintió. No es maravilla.

¿Qué palabra se dió para cumplilla?
Con esta libertad entró en mi casa;
si bien siempre el honor fué reservado,
porque yo, liberal de amor, y escasa
de honor, me atuve siempre a este sagra-
Mas la publicidad a tanto pasa, [do.
y tanto esta opinión se ha dilatado,
que en secreto quisiera más perderla,
que con público escándalo tenerla.
Pedí justicia; pero soy muy pobre:
quejeme dél; pero es muy poderoso:
y ya que es imposible que yo cobre,
pues se casó, mi honor, Pedro famoso,
si sobre tu piedad divina, sobre
tu justicia me admites generoso,
que me sustente en un convento pido.
Gutierre Alfonso de Solís ha sido.
Señora, vuestros enojos
siento con razón, por ser
un Atlante en quien descansa
todo el peso de la ley.
Si Gutierre está casado,
no podrá satisfacer,
como decís, por entero
vuestro honor; pero yo haré
justicia como convenga
en esta parte; si bien
no os debe restituir
honor que vos os tenéis.
Oigamos a la otra parte
disculpas suyas; que es bien
guardar el segundo oído
para quien llegue después.
y fiad, Leonor, de mí,
que vuestra causa veré
de suerte, que no os obligue
a que digáis otra vez
que sois pobre, él poderoso,
siendo yo en Castilla rey.
Mas Gutierre viene allí.
Podrá, si conmigo os ve,
conocer que me informasteis

primero. Aquese cancel
os encubra : aquí aguardad,
hasta que salgáis después.

LEONOR En todo he de obedeceros. (Escóndese.)

ESCENA XV

COQUIN y EL REY

COQUIN (Para sí.) De sala en sala, pardiez,
a la sombra de mi amo,
que allí se quedó, llegué
hasta aquí. ¡ El cielo me valga !
¡ Vive Dios, que está aqui el Rey !
El me ha visto, y se mesura.
Plegue al cielo, que no esté
muy alto aqueste balcón,
por si me arroja por él.

REY ¿ Quién sois?

COQUIN ¿ Yo, señor?

REY Vos.

COQUIN Yo
(¡ Válgame el cielo !) soy quien
Vuestra Majestad quisiere,
sin quitar y sin poner ;
porque un hombre muy discreto
me dió por consejo ayer,
no fuese quien en mi vida
vos no quisieseis ; y fué
de manera la lición,
que antes, ahora y después
quien vos quisiéredes solo
fuí, quien gustáreis seré,
quien os place soy ; y en esto,
¡ mirad con quién y sin quién !
Y así, con vuestra licencia,
por donde vine me iré
hoy con mis pies de compás,
si no con compás de pies.

Aun no me habéis respondido
cuanto pudiera saber *(a)*:
quién sois os he preguntado.
Y yo os hubiera también,
al tenor de la pregunta
respondido, a no temer
que en diciéndôs quién soy, luego
por un balcón me arrojéis,
por haberme entrado aquí
tan sin qué ni para qué,
teniendo un oficio yo
que vos no habéis menester.
¿Qué oficio tenéis?
Yo soy.
cierto correo de a pié,
portador de todas nuevas,
hurón de todo interés,
sin que se me haya escapado
señor profeso o novel;
y del que me ha dado más,
digo más, digo más bien.
Todas las casas son mías,
y aunque lo son, esta vez
la de don Gutierre Alfonso
es mi accesoria, en quien fué
mi pasto meridiano
un andaluz cordobés.
Soy cofrade del contento;
el pesar no sé quién es,
ni aun para servirle. En fin,
soy, aquí donde me veis,
mayordomo de la risa,
gentilhombre del placer
y camarero del gusto,
pues que me visto con él.
Y por ser esto, he temido
el darme aquí a conocer;

(a) En otros impresos:

Aunque me habéis respondido
cuanto pudiera saber,
quién sois... etc.

porque un Rey que no se ríe,
temo que me libre cien
esportillas batanadas,
con pespuntes al envés,
por vagamundo.

REY En fin, ¿sois
hombre que a cargo tenéis
la risa?

COQUIN Sí, mi señor;
y porque lo echéis de ver,
esto es jugar de gracioso
en palacio.

REY Está muy bien;
y pues sé quién sois, hagamos
los dos un concierto.

COQUIN ¿Y es?

REY ¿Hacer reir profesáis?

COQUIN Es verdad.

REY Pues cada vez
que me hiciéredes reir,
cien escudos os daré;
y si no me hubiéreis hecho
reir en término de un mes,
os han de sacar los dientes.

COQUIN Testigo falso me hacéis,
y es ilícito contrato
de enorme lesión.

REY ¿Por qué?

COQUIN Porque quedaré lisiado
si le acepto, ¿no se ve?
Dicen, cuando uno se ríe,
que enseña los dientes; pues
enseñarlos yo llorando
será reirme al revés.
Dicen que sois tan severo,
que a todos dientes hacéis;
¿qué os hice yo, que a mí solo
deshacérmelos queréis?
Pero vengo en el partido;
que porque ahora me dejéis
ir libre, no lo rehuso;
pues por lo menos un mes

(Cúbr

me hallo aquí, como en la calle,
de vida; y al cabo dél,
no es mucho que tome postas
en mi boca la vejez.
Y así voy a examinarme
de cosquillas. Voto a diez,
que os habéis de reir. Adiós,
y veámonos después. (Vase.)

ESCENA XVI

EL REY, DON ENRIQUE, DON GUTIERRE, DON DIEGO, DON ARIAS y criados.

ENRIQUE Déme vuestra Majestad
la mano.
EL REY Vengáis con bien,
Enrique. ¿Cómo os sentís?
ENRIQUE Más, señor, el susto fué
que el golpe: estoy bueno.
GUTIERRE A mí
Vuestra Majestad me dé
la mano, si mi humildad
merece tan alto bien;
porque el suelo que pisáis,
el soberano dosel,
que ilumina de los vientos
uno y otro rosicler.
Y vengáis con la salud
que este reino ha menester,
para que os adore España
coronado de laurel.
EL REY De vos, don Gutierre Alfonso
GUTIERRE ¿Las espaldas me volvéis?
EL REY Grandes querellas me dan.
GUTIERRE Injustas deben de ser.
¿Quién es, decidme, Leonor,
una principal mujer
de Sevilla?
GUTIERRE Una señora
bella, ilustre y noble es,

de lo mejor de esta tierra.

REY ¿Qué obligación le tenéis,
a que habéis correspondido
necio, ingrato y descortés?

GUTIERRE No os he de mentir en nada;
que el hombre, señor, de bien
no sabe mentir jamás,
y más delante del Rey.
Servíla, y mi intento entonces
casarme con ella fué,
si no mudara las cosas
de los tiempos el vaivén.
Visitéla, entré en su casa
públicamente; si bien
no le debo a su opinión
de una mano el interés.
Viéndome desobligado,
pude mudarme después,
y así, libre de este amor,
en Sevilla me casé
con Doña Mencía de Acuña,
dama principal, con quien
vivo, fuera de Sevilla,
una casa de placer.
Leonor, mal aconsejada
(que no la aconseja bien
quien destruye su opinión),
pleitos intentó poner
a mi desposorio, donde
el más riguroso juez
no halló causa contra mí,
aunque ella dice que fué
diligencia del favor.
¡Mirad vos si a una mujer
hermosa favor faltara,
si le hubiera menester!
Con este engaño pretende,
puesto que vos lo sabéis,
valerse de vos; y así
yo me pongo a vuestros pies,
donde a la justicia vuestra
dará la espada mi fe,

y mi lealtad la cabeza.
¿Qué causa tuvisteis, pues,
para tan grande mudanza?
¿Novedad tan grande es
mudarse un hombre? ¿No es cosa
que cada día se ve?
Sí, pero de extremo a extremo
pasar el que quiso bien,
no fué sin grande ocasión.
Suplícôs no me apretéis;
que soy hombre, que, en ausencia
de las mujeres, daré
la vida por no decir
cosa indigna de su ser.
¿Luego vos causa tuvisteis?
Sí, señor; pero creed
que si para mi descargo
hoy hubiera menester
decirlo, cuando importara
vida y alma, amante fiel
de su honor, no lo dijera.
Pues yo lo quiero saber.
Señor...
Es curiosidad.
Mirad...
No me repliquéis;
que me enojaré, por vida...
Señor, señor, no juréis;
que mucho menos importa
que yo deje aquí de ser
quien soy, que veros airado.
(Que dijese, le apuré,
el suceso en alta voz,
porque pueda responder
Leonor, si aqueste me engaña;
y si habla verdad, porque
convencida con su culpa,
sepa Leonor que lo sé.)
Decid pues.
A mi pesar
lo digo. Una noche entré
en su casa, sentí ruido

en una cuadra, llegué,
y al mismo tiempo que fuí
a entrar, pude el bulto ver
de un hombre, que se arrojó
del balcón ; bajé tras él,
y sin conocerle, al fin
pudo escaparse por pies.

ARIAS (¡ Válgame el cielo ! ¿qué es esto que miro?

GUTIERRE Y aunque escuché
satisfacciones, y nunca
di a mi agravio entera fe,
fué bastante esta aprensión
a no casarme ; porque
si amor y honor son pasiones
del ánimo, a mi entender,
quien hizo al amor ofensa,
se le hace al honor en él ;
porque el agravio del gusto
al alma toca también.

ESCENA XVII

Dichos y DOÑA LEONOR.

LEONOR Vuestra Majestad perdone ;
que no puedo detener
el golpe a tantas desdichas
que han llegado de tropel.

REY (¡ Vive Dios, que me engañaba !
la prueba sucedió bien.)

LEONOR Y oyendo contra mi honor
presunciones, fuera ley
injusta que yo cobarde
dejara de responder ;
que menos perder importa
la vida, cuando me dé
este atrevimiento muerte,
que vida y honor perder.
Don Arias entró en mi casa...

ARIAS Señora, espera, detén

la voz. Vuestra Majestad
licencia, señor, me dé;
porque el honor desta dama
me toca a mí defender.
Esa noche estaba en casa
de Leonor una mujer
con quien me hubiera casado,
si de la parca el cruel
golpe no cortara fiero
su vida. Yo, amante fiel
de su hermosura, seguí
sus pasos, y en casa entré
de Leonor (atrevimiento
de enamorado), sin ser
parte a estorbarlo Leonor.
Llegó don Gutierre, pues;
temerosa Leonor dijo
que me retirase a aquel
aposento: yo lo hice.
¡Mil veces mal haya, amén,
quien de una mujer se rinde
a admitir el parecer!
Sintióme, entró, y a la voz
de marido, me arrojé
por el balcón. Y si entonces
volví el rostro a su poder
porque era marido, hoy
que dice que no lo es,
vuelvo a ponerme delante.
Vuestra Majestad me dé
campo, en quien defienda altivo
que no ha faltado a quien es
Leonor, pues a un caballero
se le concede la ley.

GUTIERRE Yo saldré donde... (Empuñan.)
¿Qué es esto?
¿Cómo las manos tenéis
en las espadas, delante
de mí? ¿No tembláis de ver
mi semblante? Donde estoy,
¿hay soberbia ni altivez?
Presos los llevad al punto:

en dos torres los poned;
y agradeced que no os pongo
las cabezas a los pies. (V

ARIAS Si perdió Leonor por mí
su opinión, por mí también
la tendrá: que esto se debe
al honor de una mujer.

GUTIERRE (No siento en desdicha tal
ver riguroso y cruel
al Rey; solo siento que hoy,
Mencía, no te he de ver. (Llévanlos presos

ENRIQUE (Con ocasión de la caza,
preso Gutierre, podré
ver esta tarde a Mencía.)
Don Diego, conmigo ven;
que tengo de porfiar
hasta morir, o vencer. (Va

LEONOR ¡Muerta quedo! ¡Plegue a Dios,
ingrato, aleve y cruel,
falso, engañador, fingido,
sin fe, sin Dios y sin ley,
que como inocente pierdo
mi honor, venganza me dé
el cielo! ¡El mismo dolor
sientas, que siento, y a ver
llegues, bañado en tu sangre,
deshonras tuyas, porqué
mueras con las mismas armas
que matas, amén, amén!
¡Ay de mí! mi honor perdí.
¡Ay de mí! mi muerte hallé.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín de la quinta.

ESCENA PRIMERA

JACINTA y DON ENRIQUE, a obscuras.

INTA Llega con silencio.
RIQUE Apenas
los pies en la tierra puse.
INTA Este es el jardín, y aquí,
pues de la noche te encubre
el manto, y pues don Gutierre
está preso, no hay que dudes,
sino que conseguirás
victorias de amor tan dulces.
RIQUE Si la libertad, Jacinta,
que te prometí, presumes
poco premio a bien tan grande,
pide más, y no te excuses
por cortedad: vida y alma
es bien que por tuyas juzgues.
INTA Aquí mi señora siempre
viene y tiene por costumbre
pasar un poco la noche.
RIQUE Calla, calla, no pronuncies
otra razón, porque temo
que los vientos nos escuchen.
INTA Yo, para que tanta ausencia
no me indicie o no me culpe
deste delito, no quiero
faltar de allí. (Vase.)

ENRIQUE Amor ayude
mi intento. Estas verdes hojas
me escondan y disimulen;
que no seré yo el primero
que a vuestras espaldas hurte
rayos al sol. Acteon
con Diana me disculpe. (Va

ESCENA II

DOÑA MENCÍA, JACINTA, TEODORA y Criadas.

MENCÍA ¡Silvia, Teodora, Jacinta!
JACINTA ¿Qué mandas?
MENCÍA Que traigas luces,
y venid todas conmigo
a divertir pesadumbres
de la ausencia de Gutierre,
donde el natural presume
vencer hermosos países
que el arte dibuja y pule.
Teodora.
TEODORA Señora mía.
MENCÍA Divierte con voces dulces
esta tristeza.
TEODORA Holgaréme
que de letra y tono gustes.
(Han puesto luz sobre un bufetillo, y siéntase d
Mencía en unas almohadas. Canta Teodora)
Ruiseñor que con tu canto
alegras este recinto,
no te ausentes tan aprisa,
que me das pena y martirio.
(Se queda dormida doña Menc
JACINTA No cantes más; que parece
que ya el sueño al alma infunde
sosiego y descanso. Y pues
hallaron sus inquietudes
en él sagrado, nosotras
no la despertemos.
TEODORA Huye
con silencio la ocasión.

ACINTA (Yo lo haré, porque la busque
quien la deseó. ¡Oh criadas,
y cuántas honras ilustres
se han perdido por vosotras!)

(Vanse todas las criadas.)

ESCENA III

DON ENRIQUE y DOÑA MENCÍA, dormida.

NRIQUE Sola se quedó. No duden
mis sentidos tanta dicha.
Y ya que a esto me dispuse,
pues la ventura me falta,
tiempo y lugar me aseguren.
¡Hermosísima Mencía!

ENCÍA ¡Válgame Dios! (Despierta.)

NRIQUE No te asustes.

ENCÍA ¿Qué es esto?

NRIQUE Un atrevimiento
a quien es bien que disculpen
tantos años de esperanza.

ENCÍA ¿Pues, señor, vos...

NRIQUE No te turbes.

ENCÍA Desta suerte...

NRIQUE No te alteres.

ENCÍA Entrásteis...

NRIQUE No te disgustes.

ENCÍA En mi casa, sin temer
que así a una mujer destruye,
y que así ofende a un vasallo
tan generoso y ilustre?

ENRIQUE Esto es tomar tu consejo.
Tú me aconsejas que escuche
disculpas de aquella dama,
y vengo a que te disculpes
conmigo de mis agravios.

ENCÍA Es verdad, la culpa tuve;
pero si he de disculparme,
tu alteza, señor, no dude
que es en orden a mi honor.

ENRIQUE ¿Que ignoro, acaso presumes,
el respeto que les debo
a tu sangre y tus costumbres?
El achaque de la caza,
que en estos campos dispuse,
no fué fatigar la caza (*a*),
estorbando que salude
a la venida del día,
sino a ti, garza, que subes
tan remontada, que tocas
por las campañas azules
de los palacios del sol
los dorados balaustres.

MENCÍA Muy bien, señor, vuestra alteza
a las garzas atribuye
esta lucha; pues la garza
de tal instinto presume,
que volando hasta los cielos,
rayo de pluma sin lumbre,
ave de fuego con alma,
con instinto alada nube,
pardo cometa sin fuego,
quieren que su intento burlen
azores reales; y aun dicen
que, cuando de todos huye,
conoce al que ha de matarla;
y así antes que con él luche,
el temor la hace que tiemble,
se estremezca y se espeluce.
Así yo, viendo a su Alteza,
quedé muda, absorta estuve,
conocí el riesgo y temblé,
tuve miedo y horror tuve;
porque mi temor no ignore,
porque mi espanto no dude
que es quien me ha de dar la muerte.

ENRIQUE Ya llegué a hablarte, ya tuve
ocasión, no he de perderla.

(a) No es creíble que Calderón escribiese dos veces "caza" en dos versos tan inmediatos; quizá en el segundo dictó "garza".

MENCÍA ¿Cómo esto los cielos sufren?
Daré voces.
ENRIQUE A ti misma
te infamas.
MENCÍA ¿Cómo no acuden
a darme favor las fieras?
ENRIQUE Porque de enojarme huyen.

ESCENA IV

Dichos y DON GUTIERRE.

GUTIERRE (Dentro.) Ten ese estribo, Coquin,
y llama a esa puerta.
MENCÍA ¡Cielos!
no mintieron mis recelos,
llegó de mi vida el fin.
Don Gutierre es éste, ¡ay Dios!
ENRIQUE ¡Oh qué infelice nací!
MENCÍA ¿Qué ha de ser, señor, de mí,
si os halla conmigo a vos?
ENRIQUE ¿Pues qué he de hacer?
MENCÍA Retiraros.
ENRIQUE ¿Yo me tengo de esconder?
MENCÍA El honor de una mujer
a más que esto ha de obligaros.
No podéis salir (¡soy muerta!);
que como allá no sabían
mis criados lo que hacían,
abrieron luego la puerta.
Aun salir no podéis ya.
ENRIQUE ¿Qué haré en tanta confusión?
MENCÍA Detrás de ese pabellón,
que en mi misma cuadra está,
os esconded.
ENRIQUE No he sabido
hasta la ocasión presente,
qué es temor. ¡Oh qué valiente
debe de ser un marido! (Vase.)
MENCÍA Si inocente una mujer,
no hay desdicha que no aguarde,

¡válgame Dios qué cobarde
la culpa debe de ser!

ESCENA V

DON GUTIERRE, COQUIN, JACINTA y DOÑA MENCÍA.

GUTIERRE Mi bien, señora, los brazos
darme una y mil veces puedes.
MENCÍA Con envidia de estas redes,
que en tan amorosos lazos
están inventando abrazos.
GUTIERRE No dirás que no he venido
a verte.
MENCÍA Fineza ha sido
de amante firme y constante.
GUTIERRE No dejo de ser amante
yo, mi bien, por ser marido;
que por propia la hermosura
no desmerece jamás
las finezas; antes más
las alienta y asegura,
y así a su riesgo procura
los medios, las ocasiones.
MENCÍA En obligación me pones.
GUTIERRE El alcaide que conmigo
está, es mi deudo y amigo,
y quitándome prisiones
al cuerpo, me las echó
al alma, porque me ha dado
ocasión de haber llegado
a tan grande dicha yo,
como es a verte.
MENCÍA ¿Quién vió
mayor gloria...?
GUTIERRE Que la mía;
aunque, si bien advertía,
hizo muy poco por mí
en dejarme que hasta aquí
viniese; pues si vivía
yo sin alma en la prisión

por estar en ti, mi bien,
darme libertad fué bien,
para que en esta ocasión
alma y vida con razón
otra vez se viese unida;
porque estaba dividida,
teniendo prolija calma,
en una prisión el alma
y en otra prisión la vida.

ENCÍA Dicen que dos instrumentos
conformemente templados,
por los ecos dilatados
comunican los acentos:
tocan el uno, y los vientos
hiere el otro, sin que allí
nadie le toque; y en mí
esta experiencia se viera;
pues si el golpe allá te hiriera,
muriera yo desde aquí.

OQUIN ¿Y no le darás, señora,
tu mano por un momento
a un preso de cumplimiento,
pues llora, siente y ignora
por qué siente y por qué llora,
y está su muerte esperando
sin saber por qué ni cuándo?
Pero...

ENCÍA Coquin, ¿qué hay en fin?

OQUIN Fin al principio en Coquin
hay, que eso estoy contando:
mucho el rey me quiere; pero
si el rigor pasa adelante,
mi amo será muerto andante,
pues irá con escudero.

ENCÍA (A don Gutierre.)
Poco regalarte espero,
porque como no aguardaba
huésped, descuidada estaba.
Cena os quiero apercibir.

UTIERRE Una esclava puede ir.

ENCÍA Ya, señor, ¿no va una esclava?
Yo lo soy, y lo he de ser.

Jacinta, venme a ayudar.
(En salud me he de curar:
ved, honor, cómo ha de ser,
porque me he de resolver
a una temeraria acción. (Vanse las dos

ESCENA VI

DON GUTIERRE y COQUIN.

GUTIERRE Tú, Coquin, a esta ocasión
aquí te queda, y extremos
olvida, y mira que habemos
de volver a la prisión
antes del día, y ya falta
poco: aquí puedes quedarte.
COQUIN Yo quisiera aconsejarte
una industria, la más alta
que el ingenio humano esmalta:
en ella tu vida está.
¡Oh qué industria!...
GUTIERRE Dila ya.
COQUIN ¡Para salir sin lesión
sano y bueno de prisión!
GUTIERRE ¿Cuál es?
COQUIN No volver allá.
¿No estás bueno? ¿No estás sano?
Con no volver, claro ha sido
que sano y bueno has salido.
GUTIERRE ¡Vive Dios, necio, villano,
que te mate por mi mano!
¿Pues tú me has de aconsejar
tan vil acción, sin mirar
la confianza que aquí
hizo el alcaide de mí?
COQUIN Señor, yo llego a dudar
(que soy más desconfiado)
de la condición del rey;
y así el honor de esa ley
no se entiende en el criado,
y hoy estoy determinado
a dejarte y no volver.

[illegible] ¿Dejarme tú?
[illegible] ¿Qué he de hacer?
[illegible] Y de ti, ¿qué han de decir?
[illegible] ¿Y heme de dejar morir
por sólo bien parecer?
Si el morir, señor, tuviera
descarte o enmienda alguna,
cosa, que de dos la una,
un hombre hacerla pudiera,
yo probara la primera
por servirte; mas ¿no ves
que rifa la vida es?
Entro en ella, vengo y tomo
cartas, y piérdola: ¿cómo
me desquitaré después?
Perdida se quedará,
si la pierdo por tu engaño,
desde aquí a ciento y un año.

ESCENA VII

Dichos y DOÑA MENCÍA, muy alborotada.

ENCÍA Señor, tu favor me da.
UTIERRE ¡Válgame Dios! ¿qué será?
¿Qué puede haber sucedido?
ENCÍA Un hombre...
UTIERRE ¡Presto!
ENCÍA Escondido
en mi aposento he encontrado,
encubierto y rebozado.
Favor, Gutierre, te pido.
UTIERRE ¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!
Ya es forzoso que me asombre.
¿Embozado en casa un hombre?
ENCÍA Yo le ví.
UTIERRE Todo soy hielo.
Toma esa luz.
[illegible] ¿Yo?
UTIERRE El recelo
pierde, pues conmigo vas.

MENCÍA Villano, ¿cobarde estás?
Saca tú la espada, y yo
iré. La luz se cayó.
(Al tomar la luz la mata disimuladament

ESCENA VIII

Dichos, JACINTA y DON ENRIQUE, siguiéndola.

GUTIERRE Esto me faltaba más;
pero a obscuras entraré. (Vas
JACINTA (Aparte a don Enrique.)
Síguete, señor, por mí.
Seguro vas por aquí,
que toda la casa sé.
(Mientras don Gutierre ha entrado dentro por una pu
ta, lleva Jacinta a don Enrique por otro lado. Vuel
a salir don Gutierre y encuentra a Coquin.)
COQUIN ¿Dónde iré yo?
GUTIERRE (Ya encontré
el hombre.)
COQUIN Señor, advierte...
GUTIERRE (¡Vive Dios, que desta suerte
hasta que sepa quién es,
le he de tener! Que después
le darán mis manos muerte.)
COQUIN Mira que yo...
MENCÍA (¡Qué rigor!
Si es que con él ha encontrado,
¡ay de mí! (Vuelve Jacinta con luz
GUTIERRE Luz han sacado.
¿Quién eres, hombre?
COQUIN Señor,
yo soy.
GUTIERRE ¡Qué engaño! ¡qué error!
COQUIN Pues yo ¿no te lo decía?
GUTIERRE Que me hablabas presumía,
pero no que eras el mismo
que tenía. ¡Oh ciego abismo
del alma y paciencia mía!
MENCÍA ¿Salió ya, Jacinta? (Aparte a ella

INTA Sí.
NCÍA ¿Cómo esto en tu ausencia pasa?
Mira bien toda la casa;
que como saben que aquí
no estás, se atreven así
ladrones.
TIERRE A verla voy.
Suspiros al cielo doy
que mis sentimientos lleven,
si es que a mi casa se atreven,
por ver que en ella no estoy.

(Vase él y Coquin.)

ESCENA IX

DOÑA MENCÍA y JACINTA.

INTA Grande atrevimiento fué
determinarse, señora,
a tan grande acción ahora.
NCÍA En ella mi vida hallé.
INTA ¿Por qué lo hiciste?
NCÍA Porque
si yo no se lo dijera,
y Gutierre le sintiera,
la presunción era clara,
pues no se desengañara
de que yo cómplice era;
y no fué dificultad
en ocasión tan cruel,
haciendo del ladrón fiel,
engañar con la verdad.

ESCENA X

DON GUTIERRE, que debajo de la capa trae una daga.
DOÑA MENCÍA y JACINTA.

TIERRE (A doña Mencía.)
¿Qué ilusión, qué vanidad

desta suerte te burló?
Toda la casa vi yo;
pero en ella no encontré
sombra de que verdad fué
lo que a ti te pareció.
(Mas engáñome ¡ay de mí!
que esta daga que hallé ¡cielos!
con sospechas y recelos
previene mi muerte en sí.
Mas no es esto para aquí.)
Mi bien, mi esposa, Mencía,
ya la noche en sombra fría
su manto va recogiendo,
y cobardemente huyendo
de la hermosa luz del día.
Mucho siento, claro está,
el dejarte en esta parte,
por dejarte, y por dejarte
con este temor; mas ya
es hora.

MENCÍA Los brazos da
a quien te adora.

GUTIERRE El favor
estimo. (Al ir a abrazarle doña Mencía ve la dag

MENCÍA ¡Tente, señor!
¿Tú la daga para mí?
En mi vida te ofendí,
deten la mano al rigor,
(a) deten...

GUTIERRE ¿De qué estás turbada,
mi bien, mi esposa, Mencía?

MENCÍA Al verte así, presumía
que ya en mi sangre bañada,
hoy moría desangrada.

GUTIERRE Como a ver la casa entré,
así esta daga saqué.

MENCÍA Toda soy una ilusión.

(a) Esta escena X y las cinco anteriores están escritas en cimas regulares; pero aquí, entre dos de ellas, hay una combinac particular que consta de doce versos.

TIERRE ¡Jesús, qué imaginación!
ENCÍA En mi vida te he ofendido.
TIERRE ¡Qué necia disculpa ha sido!
Pero suele una aprensión
tales miedos prevenir.
NCÍA Mis tristezas, mis enojos,
vanas quimeras y antojos,
suelen mi engaño fingir.
TIERRE Si yo pudiere venir,
vendré a la noche, y adiós.
NCÍA El vaya, señor, con vos.
(¡Oh qué asombros! ¡oh qué extremos!)
TIERRE (¡Ay honor, mucho tenemos
que hablar a solas los dos!) (Vanse.)

Cámara real en el Alcázar.

ESCENA XI

DIEGO y EL REY, con broquel y capa de color, y mientras habla se muda en traje de negro.

Ten, don Diego, esa rodela.
GO Tarde vienes a acostarte.
Toda la noche rondé
de aquesta ciudad las calles;
que quiero saber así
sucesos y novedades
de Sevilla, que es lugar
donde cada noche salen
cuentos nuevos; y deseo
desta manera informarme
de todo, para saber
lo que convenga.
GO Bien haces,
que el rey debe ser un Argos,
en su reino, vigilante:
el emblema de aquel cetro
con dos ojos lo declare.
Mas ¿qué vió tu Majestad?

REY Vi recatados galanes,
damas desveladas vi,
músicas, fiestas y bailes,
muchos garitos, de quien
eran siempre voces grandes
la tablilla, que decía:
«Aquí hay juego, caminante.»
Vi valientes infinitos:
y no hay cosa que me canse
tanto como ver valientes,
y que por oficio pase
ser uno valiente aquí.
Mas porque no se me alaben
que no doy exámen yo
a oficio tan importante,
a una tropa de valientes
probé solo en una calle.

DIEGO Mal hizo tu Majestad.

REY Antes bien, pues con su sangre
llevaron iluminada...

DIEGO ¿Qué?

REY La carta del exámen.

ESCENA XII

Dichos y COQUIN.

COQUIN (No quise entrar en la torre
con mi amo, por quedarme
a saber lo que se dice
de su prisión, Pero ¡tate!
—que es un pero muy honrado
del celebrado linaje
de los tates de Castilla,—
porque el rey está delante.)

REY Coquin.

COQUIN Señor.

REY ¿Cómo va?

COQUIN Responderé a lo estudiante.

REY ¿Cómo?

COQUIN *De corpore bene,*
pero *de pecuniis male.*

Decid algo, pues sabéis,
Coquín, que como me agrade,
tenéis aquí cien escudos.

QUIN Fuera hacer tú aquesta tarde
el papel de una comedia
que se intitula: *El rey ángel.*
Pero con todo eso, traigo
hoy un cuento que contarte,
que remata en epigrama.

Y Si es vuestro será elegante.
Vaya el cuento.

QUIN Yo vi ayer
de la cama levantarse
un capón con bigotera,
¿no te ries de pensarle
curándose sobre sano
con tan vagamundo parche?
A esto un epigrama hice.
(No te pido, Pedro el Grande,
casas ni viñas; que solo
risa pido: en este guante
dad vuestra bendita risa
a un gracioso vergonzante.)
«Floro, casa muy desierta
la tuya debe de ser,
porque eso nos da a entender
la cédula de la puerta:
donde no hay carta, ¿hay cubierta?
¿cáscara sin fruta? No,
no pierdas tiempo; que yo,
esperando los provechos,
he visto labrar barbechos,
mas barbi-deshechos no.»

Y ¡Qué frialdad!

QUIN No es más caliente.

ESCENA XIII

Dichos y DON ENRIQUE.

ENRIQUE Dadme vuestra mano.

Y Infante,
¿cómo estais?

ENRIQUE Tengo salud,
contento de que se halle
vuestra Majestad con ella;
y esto, señor, a una parte,
don Arias...

REY Don Arias es
vuestra privanza: sacadle
de la prisión, y haced vos,
Enrique, esas amistades;
que a vos os deben las vidas.

ENRIQUE La tuya los cielos guarden,
y heredero de ti mismo,
apuestes eternidades
con el tiempo. (Vase el rey

ESCENA XIV

DON ENRIQUE, DON DIEGO y COQUIN.

ENRIQUE Iréis, don Diego,
a la torre, y al alcaide
le diréis que traiga aquí
los dos presos. (¡Cielos! dadme
(Vase don Diego
paciencia en tales desdichas,
y prudencia en tantos males.)
Coquin, ¿tú estabas aquí?

COQUIN Y más me valiera en Flandes.

ENRIQUE ¿Cómo?

COQUIN Es el rey un prodigio
de todos los animales.

ENRIQUE ¿Por qué?

COQUIN La naturaleza
permite que el toro brame,
ruja el león, muja el buey,
el asno rebuzne, el ave
cante, el caballo relinche,
ladre el perro, el gato maye,
aulle el lobo, el lechón gruña,
y sólo permitió darle
risa al hombre, y Aristóteles

risible animal le hace
por difinición perfecta;
y el rey, contra el orden y arte,
no quiere reirse. Déme
el cielo para sacarle
risa todas las tenazas
del buen gusto y del donaire. (Vase.)

ESCENA XV

[illegible]RRE, DON ARIAS, DON DIEGO y DON ENRIQUE.

[illegible]EGO Ya, señor, están aquí
los presos.
[illegible]HERRE Danos tus plantas.
[illegible]IAS Hoy al cielo nos levantas.
[illegible]RIQUE El rey, mi señor, de mí
(porque humilde le pedí
vuestras vidas este día)
estas amistades fía.
[illegible]HERRE El honrar es dado a vos.
(Corta la [illegible] que se [illegible] con la espada del Infante.)
(¿Qué es esto que miro? ¡Ay Dios!)
[illegible]RIQUE Las manos os dad.
[illegible]IAS La mía
es esta.
[illegible]HERRE Y estos mis brazos,
cuyo lazo y nudo fuerte
no desatará la muerte,
sin que los haga pedazos.
[illegible]IAS Confirmen estos abrazos
firme amistad desde aquí.
[illegible]RIQUE Esto queda bien así.
Entrambos sois caballeros,
en acudir los primeros
a su obligación; y así
está bien el ser amigo
uno y otro; y quien pensare
que no queda bien, repare
en que ha de reñir conmigo.

GUTIERRE A cumplir, señor, me obligo
las amistades que juro:
obedeceros procuro,
y pienso que me honraréis
tanto, que de mí crêreis
lo que de mí estais seguro.
Sois fuerte enemigo vos,
y cuando lealtad no fuera,
por temor no me atreviera
a romperlas, vive Dios.
Vos y yo para otros dos:
me estuviera a mí muy bien
mostrar entonces también
que sé cumplir lo que digo;
mas con vos por enemigo,
¿quién ha de atreverse? ¿quién?
Tanto enojaros temiera
el alma cuerda y prudente,
que a miraros solamente
tal vez aun no me atreviera;
y si en ocasión me viera
de probar vuestros aceros,
cuando yo sin conoceros
a tal extremo llegara,
que se muriera estimara
la luz del sol por no veros.

ENRIQUE (De sus quejas y suspiros
grandes sospechas prevengo.)
Venid conmigo, que tengo
muchas cosas que deciros,
don Arias.

ARIAS Iré a serviros.

(Vanse don Enrique, don Diego y don Arias

ESCENA XVI

DON GUTIERRE.

Nada Enrique respondió:
sin duda se convenció
de mi razón. ¡Ay de mí!

¿Podré ya quejarme? Sí;
pero consolarme, no.
Ya estoy solo, ya bien puedo
hablar. ¡Ay Dios, quién pudiera
reducir solo a un discurso,
medir con sola una idea
tantos géneros de agravios,
tantos linajes de penas
como cobardes me asaltan,
como atrevidos me cercan!
¡Ahora, ahora, valor,
salga repetido en quejas,
salga en lágrimas envuelto
el corazón a las puertas
del alma, que son los ojos!
Y en ocasión como esta,
bien podéis, ojos, llorar:
no lo dejéis de vergüenza.
¡Ahora, valor, ahora
es tiempo de que se vea
que sabéis medir iguales
el valor y la prudencia!
Pero cese el sentimiento,
y a fuerza de honor, y a fuerza
de valor, aun no me dé
para quejarme licencia;
porque adula sus penas
el que pide a la voz justicia dellas.
Pero vengamos al caso,
quizá hallaremos respuesta.
¡Oh! ¡ruego a Dios que la haya!
¡Oh! ¡plegue a Dios que la tenga!
Anoche llegué a mi casa,
es verdad; pero las puertas
me abrieron luego, y mi esposa
estaba segura y quieta.
En cuanto a que me avisaron
de que estaba un hombre en ella,
tengo disculpa en que fué
la que me avisó ella mesma.
En cuanto a que se mató
la luz, ¿qué testigo prueba

aquí que no pudo ser
un caso de contingencia?
En cuanto a que hallé esta daga,
hay criados de quien pueda
ser. En cuanto (¡ay dolor mío!)
que con la espada convenga
del infante, puede ser
otra espada como ella;
que no es labor tan extraña,
que no hay mil que le parezcan.
Y apurando más el caso,
confieso (¡ay de mí!) que sea
del infante, y más confieso,
que estaba allí, aunque no fuera
posible dejar de verle;
mas siéndolo, ¿no pudiera
no estar culpada Mencía?
Que el oro es llave maestra,
que las guardas de criadas
por instantes nos falsea.
¡Oh! ¡cuánto me estimo haber
hallado esta sutileza!
Y así acortemos discursos,
pues todos juntos se cierran
en que Mencía es quien es,
y soy quien soy. No hay quien pueda
borrar de tanto esplendor
la hermosura y la pureza.
Pero sí puede, mal digo;
que al sol una nube negra,
si no le mancha, le turba,
si no le eclipsa, le hiela.
¿Qué injusta ley condena
que muera el inocente y que padezca?
A peligro estais, honor;
no hay hora en vos que no sea
crítica; en vuestro sepulcro
vivís, puesto que os alienta
la mujer; en ella estais
pisando siempre la huesa.
Yo os he de curar, honor;
y pues al principio muestra

este primero accidente
tan grave peligro, sea
la primera medicina
cerrar al daño las puertas,
atajar al mal los pasos.
Y así os receta y ordena
El médico de su honra
primeramente la dieta
del silencio; que es guardar
la boca, tener paciencia:
luego dice que apliquéis
a vuestra mujer finezas,
agrados, gustos, amores,
lisonjas, que son las fuerzas
defensibles, porque el mal
con el despego no crezca;
que sentimientos, disgustos,
celos, agravios, sospechas
con la mujer, y más propia,
aun más que sanan, enferman.
Esta noche iré a mi casa,
de secreto entraré en ella
por ver qué malicia tiene
el mal; y hasta apurar ésta,
disimularé, si puedo,
esta desdicha, esta pena,
este rigor, este agravio,
este dolor, esta ofensa,
este asombro, este delirio,
este cuidado, esta afrenta,
estos celos... ¿Celos dije?
¡Qué mal hice! Vuelva, vuelva
al pecho, la voz. Mas no,
que si es ponzoña que engendra
mi pecho, si no me dió
la muerte (¡ay de mí!) al verterla,
al volverla a mí podrá;
que de la víbora cuentan,
que la mata su ponzoña,
si fuera de sí la encuentra.
¿Celos dije? ¿Celos dije?
Pues basta; que cuando llega

un marido a saber que hay
celos, faltará la ciencia;
y es la cura postrera
que el médico de honor hacer intenta.
(Vase

ESCENA XVII

DON ARIAS y DOÑA LEONOR.

ARIAS No penséis, bella Leonor,
que el no haberos visto fué
porque negar intenté
las deudas que a vuestro honor
tengo; y acrêdor a quien
tanta deuda se previene,
el deudor buscando viene,
no a pagar, porque no es bien
que necio y loco presuma
que pueda jamás llegar
a satisfacer y dar
cantidad que fué tan suma;
pero en fin, ya que no pago,
que soy el deudor confieso:
no os vuelvo el rostro, y con eso,
la obligación satisfago.

LEONOR Señor don Arias, yo he sido
la que obligada de vos,
en las cuentas de los dos
más interés ha tenido.
Confieso que me quitásteis
un esposo a quien quería;
mas quizá la suerte mía
por ventura mejorásteis;
pues es mejor que sin vida,
sin opinión, sin honor
viva, que no sin amor,
de un marido aborrecida.
Yo tuve la culpa, yo
la pena siento, y así
solo me quejo de mí
y de mi estrella.

RIAS Eso no:
quitarme, Leonor hermosa,
la culpa, es querer negar
a mis deseos lugar;
pues si mi pena amorosa
os significo, ella diga
en cifra sucinta y breve,
que es vuestro amor quien me mueve,
mi deseo quien me obliga
a deciros, que pues fuí
causa de penas tan tristes,
si esposo por mí perdistes,
tengais esposo por mí.
ONOR Señor don Arias, estimo,
como es razón, la elección;
y aunque con tanta razón
dentro del alma la imprimo,
licencia me habéis de dar
de responderos también
que no puede estarme bien;
no, señor, porque a ganar
no llegaba yo infinito,
sino porque si vos fuísteis
quien a Gutierre le dísteis
de un mal formado delito
la ocasión, y ahora viera
que me casaba con vos,
fácilmente entre los dos
de aquella sospecha hiciera
evidencia; y disculpado,
con demostración tan clara,
con todo el mundo quedara
de haberme a mí despreciado.
Y yo estimo de manera
el quejarme con razón,
que no he de darle ocasión
a la disculpa primera;
porque, si en un lance tal
le culpan cuantos le ven,
no han de pensar que hizo bien
quien yo pienso que hizo mal.
RIAS Frívola respuesta ha sido

la vuestra, bella Leonor;
pues cuando de antiguo amor
os hubiera convencido
la experiencia, ella también
disculpa en la enmienda os da.
¿Cuánto peor os estará
que tenga por cierto, quien
le imaginó, vuestro agravio,
y no le constó después
la satisfacción?

LEONOR No es
amante prudente y sabio,
don Arias, quien aconseja
lo que en mi daño se ve.
Pues si agravio entonces fué,
no por eso ahora deja
de ser agravio también;
y peor, cuanto haber sido
de imaginado a creído:
y a vos no os estará bien
tampoco.

ARIAS Como yo sé
la inocencia de ese pecho
en la ocasión, satisfecho
siempre de vos estaré.
En mi vida he conocido
galán necio, escrupuloso
y con extremo celoso,
que en llegando a ser marido,
no le castiguen los celos.
Gutierre pudiera bien
decirlo, Leonor; pues quien
levantó tantos desvelos
de un hombre en la ajena casa,
extremos pudiera hacer
mayores, pues llega a ver
lo que en la propia le pasa.

LEONOR Señor don Arias, no quiero
escuchar lo que decís;
que os engañais, o mentís.
Don Gutierre es caballero
que en todas las ocasiones,

con obrar y con decir,
sabrá, vive Dios, cumplir
muy bien sus obligaciones;
y es hombre cuya cuchilla,
o cuyo consejo sabio,
sabrá no sufrir su agravio
ni a un infante de Castilla.
Si pensais vos que con eso
mis enojos adulais,
muy mal, don Arias, pensais:
y si la verdad confieso,
mucho perdísteis conmigo;
pues si fuérais noble vos,
no hablárades, vive Dios,
así de vuestro enemigo.
Y yo, aunque ofendida estoy,
y aunque la muerte le diera
con mis manos, si pudiera
no le murmurara hoy
en el honor, desleal.
Sabed, don Arias, que quien
una vez le quiso bien,
no se vengará en su mal. (Vase.)
No supe qué responder.
muy grande ha sido mi error,
pues en escuelas de honor
arguyendo una mujer
me convence. Iré al Infante,
y humilde le rogaré
que de estos cuidados dé
parte ya de aquí adelante
a otro: y porque no lo yerre,
ya que el día va a morir,
me ha de matar, o no he de ir
en casa de don Gutierre. (Vase.)

Jardín.

ESCENA XVIII

DON GUTIERRE, que sale como saltando unas tapias.
DOÑA MENCÍA, durmiendo.

GUTIERRE En el mudo silencio
de la noche, que adoro y reverencio,
por sombra aborrecida (*a*),
como sepulcro de la humana vida,
de secreto he venido
hasta mi casa, sin haber querido
avisar a Mencía
de que ya libertad del rey tenía,
para que descuidada
estuviese (¡ay de mí!) desta jornada.
Médico de mi honra
me llamo, pues procuro mi deshonra
curar; y así he venido
a visitar mi enfermo a hora que ha sid
de ayer la misma, (¡cielos!)
a ver si el accidente de mis celos
a su tiempo repite:
el dolor mis intentos facilite.
Las tapias de la huerta
salté, porque no quise por la puerta
entrar. ¡Ay Dios, qué introducido eng
es en el mundo no querer su daño
examinar un hombre,
sin que el recelo ni el temor le asombr
Dice mal quien lo dice;
que no es posible, no, que un infelice
no llore sus desvelos:
mintió quien dijo que calló con celos,

(a) Querrá decir "aunque aborrecida de otros"; porque si
tierre "la adora y reverencia", no cabe que "la aborrezca" tamb
Acaso esté errado el verso, y deba leerse, "puesto que aborrecida
Hartzenbusch.

o confiéseme aquí que no los siente.
Mas ¡sentir y callar! otra vez miente.
Este es el sitio donde
suele de noche estar: aun no responde
el eco entre estos ramos.
Vamos pasito, honor, que ya llegamos;
que en estas ocasiones
tienen los celos pasos de ladrones.
¡Ay, hermosa Mencía, (Ve a doña Mencía)
qué mal tratas mi amor y la fe mía!
Volverme otra vez quiero.
Bueno he hallado mi honor, hacer no quiero
por ahora otra cura,
pues la salud en él está segura.
Pero ¿ni una criada
la acompaña? ¿Si acaso retirada
aguarda?... ¡Oh pensamiento
injusto! ¡oh vil temor! ¡oh infame alien-
Ya con esta sospecha [to!
no he de volverme; y pues que no apre-
tan greve desengaño, [vech
apuremos de todo en todo el daño.
Mato la luz, y llego, (Apaga la luz)
sin luz y sin razón, dos veces ciego;
pues bien encubrir puedo
el metal de la voz, hablando quedo.
¡Mencía! (Despiértala)
CÍA ¡Ay Dios! ¿qué es esto?
IERRE No des voces.
CÍA ¿Quién es?
IERRE Mi bien, soy yo: ¿no me conoces?
CÍA Sí, señor; que no fuera
otro tan atrevido...
IERRE (Ella me ha conocido.)
CÍA Que así hasta aquí viniera.
¿Quién hasta aquí llegara,
que no fuérades vos, que no dejara
en mis manos la vida,
con valor y con honra defendida?
IERRE (¡Qué dulce desengaño!
¡Bien haya, amén, el que apuró su daño!)

Mencía, no te espantes de haber vist
tal extremo.

MENCÍA ¡Qué mal, temor, resisto
el sentimiento!

GUTIERRE Mucha razón tiene
tu valor.

MENCÍA ¿Qué disculpa me previene.

GUTIERRE Ninguna.

MENCÍA De venir así tu Alteza?

GUTIERRE (¡Tu Alteza! No es conmigo. ¡Ay Di
Con nuevas dudas lucho. [qué escuch
¡Qué pesar! ¡qué desdicha! ¡qué t
[te

MENCÍA ¿Segunda vez pretende ver mi muer
¿Piensa que cada noche...

GUTIERRE (¡Oh trance fuert

MENCÍA Puede esconderse...

GUTIERRE (¡Cielos!)

MENCÍA Y matando la luz...

GUTIERRE (¡Matadme, celos

MENCÍA Salir a riesgo mío
delante de Gutierre?

GUTIERRE (Desconfío
de mí, pues que dilato
morir, y con mi aliento no la mato.
El venir no ha extrañado
el Infante, ni dél se ha recatado;
sino solo ha sentido
que en ocasión se ponga (¡estoy per
de que otra vez se esconda. [dc
¡Mi venganza a mi agravio corresp

MENCÍA Señor, vuélvase luego. [da

GUTIERRE (¡Ay Dios! todo soy rabia, todo fueg

MENCÍA Tu Alteza así otra vez no llegue a ver

GUTIERRE ¿Quién por eso no más ha de volverse

MENCÍA Mirad que es hora que Gutierre veng

GUTIERRE (¿Habrá en el mundo quien pacien
Sí, si prudente alcanza [teng
oportuna ocasión a su venganza.)
No vendrá, yo le dejo
entretenido; y guárdame un amigo

las espaldas, el tiempo que conmigo
estais: él no vendrá, yo estoy seguro.

ESCENA XIX

Dichos y JACINTA.

JACINTA (Temerosa procuro
ver quién hablaba aquí.)
MENCÍA Gente he sentido.
GUTIERRE ¿Qué haré?
MENCÍA ¿Qué? Retirarte,
no a mi aposento, sino en otra parte.
(Retírase don Gutierre al paño.)
¡Hola!
JACINTA Señora...
MENCÍA El aire que corría
entre esos ramos, mientras yo dormía,
la luz ha muerto: luego
traed luces. **(Vase Jacinta.)**
GUTIERRE (Encendidas en mi fuego.
Si aquí estoy escondido,
han de verme, y de todos conocido,
podrá saber Mencía
que he llegado a entender la pena mía.
Y porque no lo entienda,
y dos veces ofenda,
una con tal intento,
y otra pensando que lo sé y consiento,
dilatando su muerte,
he de hacer la deshecha de esta suerte.)
(Entrase, y dice en voz alta:)
¡Hola! ¿Cómo está aquí desta manera?
MENCÍA (Este es Gutierre: otra desdicha espera
mi espíritu cobarde.)
GUTIERRE ¡No han encendido luces, y es tan tarde!
(Sale Jacinta con luz, y don Gutierre por otra puerta de donde se escondió.)
JACINTA Ya la luz está aquí.
GUTIERRE ¡Bella Mencía!
MENCÍA ¡Oh mi esposo, mi bien y gloria mía!

GUTIERRE (¡Qué fingidos extremos!
Mas, alma y corazón, disimulemos.)
MENCÍA Señor, ¿por dónde entrásteis?
GUTIERRE De esa huer
con la llave que tengo, abrí la puerta.
Mi esposa, mi señora,
¿en qué te entretenías?
MENCÍA Vine ahora
a este jardín, y entre estas fuentes pur
me dejó el aire a obscuras.
GUTIERRE No me espanto, bien mío;
que el aire que mató la luz, tan frío
corre, que es un aliento
respirado del céfiro violento,
y que no solo advierte
muerte a las luces, a las vidas muerte,
y pudieras dormida
a sus soplos perder también la vida.
MENCÍA Entenderte pretendo,
y aunque más lo procuro, no te entiend
GUTIERRE ¿No has visto ardiente llama
perder la luz al aire que la hiere,
y que a este tiempo de otra luz inflama
la pavesa? Una vive y otra muere
a solo un soplo. Así, desta manera,
la lengua de los vientos lisonjera
matarte la luz pudo,
y darme luz a mí.
MENCÍA (El sentido dudo.)
Parece que celoso
hablas en dos sentidos.
GUTIERRE (Riguroso
es el dolor de agravios;
mas con celos, ningunos fueron sabios
¡Celoso! ¿Sabes tú lo que son celos?
Que yo no sé qué son ¡viven los cielos!
porque si lo supiera,
y celos...
MENCÍA (¡Ay de mí!)
GUTIERRE Llegar pudiera
a tener... ¿qué son celos?
átomos, ilusiones y desvelos,

no más que de una esclava, una criada,
por sombra imaginada,
con hechos inhumanos
a pedazos sacara con mis manos
el corazón, y luego
envuelto en sangre, desatado en fuego,
el corazón comiera
a bocados, la sangre me bebiera,
el alma le sacara,
y el alma ¡ vive Dios ! despedazara,
si capaz de dolor el alma fuera.
—Pero ¿cómo hablo yo desta manera?
Temor al alma ofreces.
¡ Jesús, Jesús mil veces !
Mi bien, mi esposa, cielo, gloria mía,
¡ ah mi dueño, ah Mencía !
perdona, por tus ojos,
esta descompostura, estos enojos ;
que tanto un fingimiento
fuera de mí llevó mi pensamiento :
y vete por tu vida ; que prometo
que te miro con miedo y con respeto,
corrido deste exceso.
¡ Jesús ! No estuve en mí, no tuve seso.
(Miedo, espanto, temor y horror tan
parasismos han sido de mi muerte. [fuerte,
(Pues médico me llamo de mi honra,
yo cubriré con tierra mi deshonra.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA

EL REY, DON GUTIERRE y todo el acompañamiento.

GUTIERRE Pedro, a quien el indio polo
coronar de luz espera,
hablarte a solas quisiera.

REY Idos todos.—Ya estoy solo.

(Vase el acompañamie

GUTIERRE Pues a ti, español Apolo,
a ti, castellano Atlante,
en cuyos hombros constante
se ve durar y vivir
todo un orbe de zafir,
todo un globo de diamante:
a ti, pues, rindo en despojos
la vida mal defendida
de tantas penas, si es vida
vida con tantos enojos.
No te espantes que los ojos
también se quejen, señor;
que dicen que amor y honor
pueden, sin que a nadie asombre,
permitir que llore un hombre;
y yo tengo honor y amor.
Honor, que siempre he guardado
como noble y bien nacido,
y amor, que siempre he tenido
como esposo enamorado:

adquirido y heredado
uno y otro en mí se ve,
hasta que tirana fué
la nube que turbar osa
tanto esplendor en mi esposa,
y tanto lustre en mi fe.
No sé cómo signifique
mi pena..... Turbado estoy...
y más cuando a decir voy...
Que fué vuestro hermano Enrique
contra quien pido se aplique
desta justicia el rigor:
no porque sepa, señor,
que el poder mi honor contrasta;
pero imaginarlo basta
quien sabe que tiene honor.
La vida de vos espero
de mi honra: así la curo
con prevención, y procuro
que esta la sane primero;
porque si en rigor tan fiero
malicia en el mal hubiera,
junta de agravios hiciera,
a mi honor desahuciara,
con la sangre le lavara,
con la tierra le cubriera.
No os turbéis: con sangre digo
solamente de mi pecho;
que Enrique, estad satisfecho,
está seguro conmigo.
Y para esto hable un testigo;
esta daga, esta brillante
lengua de acero elegante,
suya fué; ved este día
si está seguro, pues fía
de mí su daga el Infante.
Don Gutierre, bien está;
y quien de tan invencible
honor corona las sienes,
que con los rayos compiten
del sol, satisfecho viva
de que su honor...

GUTIERRE No me obligue
Vuestra Majestad, señor,
a que piense, que imagine
que yo he menester consuelos
que mi opinión acrediten.
¡Vive Dios, que tengo esposa
tan honesta, casta y firme,
que deja atrás las romanas
Lucrecia y Porcia, y Tomíris!
Esta ha sido prevención
solamente.

REY Pues decidme:
para tantas prevenciones,
Gutierre, ¿qué es lo que visteis?

GUTIERRE Nada: que hombres como yo
no ven; basta que imaginen,
que sospechen, que prevengan,
que recelen, que adivinen,
que... no sé cómo lo diga;
que no hay voz que signifique
una cosa, que aun no sea
un átomo indivisible.
Solo a Vuestra Majestad
di parte, para que evite
el daño que no hay; porque
si le hubiera, de mí fíe
que yo le diera el remedio
en vez señor, de pedirle.

REY Pues ya que de vuestro honor
médico os llamáis, decidme,
don Gutierre, ¿qué remedios
antes del último hicisteis?

GUTIERRE No pedí a mi mujer celos,
y desde entonces la quise
más: vivía en una quinta
deleitosa y apacible;
y para que no estuviera
en las soledades triste,
traje a Sevilla mi casa,
y a vivir en ella vine,
a donde todo lo goza
sin que nada a nadie envidie;

porque malos tratamientos
son para maridos viles,
que pierden a sus agravios
el miedo, cuando los dicen.
Y El Infante viene allí,
y si aquí os ve, no es posible
que deje de conocer
las quejas que dél me disteis.
Mas acuérdome que un día
me dieron con voces tristes
quejas de vos, y yo entonces
detrás de aquellos tapices
escondí a quien se quejaba ;
y en el mismo caso pide
el daño el propio remedio,
pues al revés lo repite.
Y así quiero hacer con vos
lo mismo que entonces hice ;
pero con un orden más,
y es que nada aquí os obligue
a descubriros. Callad
a cuanto viéreis.
TIERRE Humilde
estoy, señor, a tus pies.
Seré el pájaro que fingen
con una piedra en la boca. (Escóndese.)

ESCENA II

DON ENRIQUE, EL REY; DON GUTIERRE, oculto

Y Vengáis norabuena, Enrique,
aunque mala habrá de ser,
pues me halláis...
RIQUE ¡Ay de mi triste!
Y Enojado.
RIQUE ¿Pues, señor,
con quién lo estáis, que os obligue?
Y Con vos, Infante, con vos.
RIQUE Será mi vida infelice.
Si enojado tengo al sol,
veré mi mortal eclipse.

REY ¿Vos, Enrique, no sabéis
que más de un acero tiñe
el agravio en sangre real?
ENRIQUE ¿Pues por quién, señor, lo dice
Vuestra Majestad?
REY Por vos
lo digo, por vos, Enrique.
El honor es reservado
lugar, donde el alma asiste.
Yo no soy rey de las almas:
harto en esto solo os dije.
ENRIQUE No os entiendo.
REY Si a la enmienda
vuestro amor no se apercibe,
dejando vanos intentos
de bellezas imposibles,
donde el alma de un vasallo
con ley soberana vive,
podrá ser de mi justicia
que aun mi sangre no se libre.
ENRIQUE Señor, aunque tu precepto
es ley que tu lengua imprime
en mi corazón, y en él
como en el bronce se escribe,
escucha disculpas mías;
que no será bien que olvides
que con iguales orejas
ambas partes han de oirse.
Yo, señor, quise a una dama
(que ya sé por quién lo dices,
si bien, con poca ocasión):
en efecto, yo la quise
tanto...
REY ¿Qué importa, si ella
es beldad tan imposible...?
ENRIQUE Es verdad, pero...
REY Callad.
ENRIQUE Pues, señor, ¿no me permites
disculparme?
REY No hay disculpa;
que es belleza que no admite
objeción.

ENRIQUE Es cierto, pero
el tiempo todo lo rinde,
el amor todo lo puede.
EY (¡Válgame Dios! qué mal hice
en esconder a Gutierre!)
Callad, callad.
ENRIQUE No te incites
tanto contra mí, ignorando
la causa que a esto me obligue.
EY Yo lo sé todo muy bien.
(¡Oh qué lance tan terrible!)
ENRIQUE Pues yo, señor, he de hablar:
en fin, doncella la quise.
¿Quién, decid, agravia a quién?
¿Yo a un vasallo...?
GUTIERRE (¡Ay infelice!)
ENRIQUE Que antes que fuese su esposa,
fué?...
EY No tenéis qué decirme.
Callad, callad, que ya sé
que por disculpa fingisteis
tal quimera. Infante, Infante,
vamos mediando los fines.
¿Conocéis aquesta daga?
ENRIQUE Sin ella a palacio vine
una noche.
EY ¿Y no sabéis
dónde la daga perdisteis?
ENRIQUE No, señor.
EY Yo sí, pues fué
adonde fuera posible
mancharse con sangre vuestra,
a no ser el que la rige
tan notable y leal vasallo.
¿No veis que venganza pide
el hombre que, aun ofendido,
el pecho y las armas rinde?
¿Veis este puñal dorado?
jeroglífico es que dice
vuestro delito: a quejarse
viene de vos, y he de oirle.
Tomad su acero, y en él

os mirad: veréis, Enrique,
vuestros defectos.

ENRIQUE Señor,
considera que me riñes
tan severo, que turbado...

REY Toma la daga.— ¿Qué hiciste,
(Dale la daga, y al tomarla, turbado el Infante co
al Rey en la mano.)
traidor?

ENRIQUE ¿Yo?

REY ¿Desta manera
tu acero en mi sangre tiñes?
¿Tú la daga que te di,
hoy contra mi pecho esgrimes?
¿Tú me quieres dar la muerte?

ENRIQUE Mira, señor, lo que dices;
que yo turbado...

REY ¿Tú a mí
te atreves? ¡Enrique, Enrique!
detén el puñal, ya muero.

ENRIQUE ¡Hay confusiones más tristes!
Mejor es volver la espalda,
y aun ausentarme y partirme
donde en mi vida te vea, (Cáesele la daga.
porque de mí no imagines
que puedo verter tu sangre
yo ¡mil veces infelice! (Vase.

REY ¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?
¡Oh qué aprensión insufrible!
Bañado me vi en mi sangre,
muerto estuve. ¿Qué infelice
imaginación me cerca,
que con espantos horribles
y con helados temores
el pecho y el alma oprime?
Ruego a Dios que estos principios
no lleguen a tales fines,
que con diluvios de sangre
el mundo se escandalice. (Vase.)

ESCENA III

DON GUTIERRE.

¡Todo es prodigios el día!
Con asombros tan terribles,
de que yo estaba escondido
no es mucho que el Rey se olvide.
¡Válgame Dios! ¿qué escuché
Mas ¿para qué lo repite
la lengua, cuando mi agravio
con mi desdicha se mide?
Arranquemos de una vez
de tanto mal las raíces.
Muera Mencía, su sangre
bañe el pecho donde asiste;
y pues aqueste puñal
hoy segunda vez me rinde
el Infante, con él muera. (Levanta la daga.)
Mas no es bien que lo publique;
porque si sé que el secreto
altas victorias consigue,
y que agravio que es oculto
oculta venganza pide,
muera Mencía de suerte
que ninguno lo imagine.
Pero antes que llegue a esto,
la vida el cielo me quite,
porque no vea tragedias
de un amor tan infelice.
¿Para cuándo, para cuándo
esos azules viriles
guardan un rayo? ¿No es tiempo
de que sus puntas se vibren,
preciando de tan piadosos?
¿No hay, claros cielos, decidme,
para un desdichado muerte?
¿No hay un rayo para un triste? (Vase.)

Sala en la casa de Don Gutierre, en Sevilla.

ESCENA IV

DOÑA MENCÍA y JACINTA.

JACINTA Señora, ¿qué tristeza
turba la admiración a tu belleza,
que la noche y el día
no haces sino llorar?

MENCÍA La pena mía
no se rinde a razones.
En una confusión de confusiones,
ni medidas, ni cuerdas,
desde la noche triste, si te acuerdas,
que viviendo en la quinta,
te dije que conmigo había, Jacinta,
hablado don Enrique
(no sé cómo mi mal te signifique),
y tú después dijiste que no era
posible, porque afuera
a aquella misma hora que yo digo,
el Infante también habló contigo,
estoy triste y dudosa,
confusa, divertida y temerosa,
pensando que no fuese
Gutierre quien conmigo habló.

JACINTA ¿Pues e
es engaño que pudo
suceder?

MENCÍA Sí, Jacinta, que no dudo
que de noche, y hablando
quedo, y yo tan turbada, imaginando
en que él mismo vendría *(a)*,
bien tal engaño suceder podría.
Con esto el verle agora
conmigo alegre, y que consigo llora
(porque al fin los enojos,
que son grandes amigos de los ojos,
no les encubren nada),
me tiene en tantas penas anegada.

(a) "En él mismo, vendría", dice en otros impresos.

ESCENA V

Dichas y COQUÍN.

COQUÍN Señora.
MENCÍA ¿Qué hay de nuevo?
COQUÍN Apenas a contártelo me atrevo.
Don Enrique, el Infante...
MENCÍA Tente, Coquín, no pases adelante,
que su nombre no más me causa espanto.
Tanto le temo, o le aborrezco tanto.
COQUÍN No es de amor el suceso,
y por eso lo digo.
MENCÍA Y yo por eso
Lo escucharé.
COQUÍN El Infante
que fué, señora, tu imposible amante
con don Pedro su hermano
hoy un lance ha tenido. Pero en vano
contártele pretendo,
por no saberle bien, o porque entiendo
que no son justas leyes
que hombres de burlas hablen de los re-
Esto aparte, en efeto [yes.
Enrique me llamó, y con gran secreto
dijo: «A Doña Mencía
este recado da de parte mía.
Que su desdén tirano
me ha quitado la gracia de mi hermano,
y huyendo desta tierra,
hoy a la ajena patria me destierra,
donde vivir no espero,
pues de Mencía aborrecido, muero.»
MENCÍA ¿Por mí el Infante ausente,
sin la gracia del Rey? ¡Cosa que intente,
con novedad tan grande,
que mi opinión en voz del vulgo ande!
¿Qué haré? ¡cielos!
SANTA Ahora
el remedio mejor será, señora,
prevenir este daño.

COQUÍN ¿Cómo puede?
JACINTA Rogándole al Infante que se quede;
pues si una vez se ausenta,
como dicen, por ti, será tu afrenta
pública; que no es cosa
la ausencia de un infante tan dudosa,
que no se diga luego
Cómo y por qué.
COQUÍN ¿Pues cuándo oirá ese rueg
si, calzada la espuela,
ya en su imaginación Enrique vuela?
JACINTA Escribiéndole ahora
un papel en que diga mi señora,
que a su opinión conviene
que no se ausente; pues para eso tiene
lugar; si tú le llevas.
MENCÍA Pruebas de honor son peligrosas prueba
pero con todo, quiero
escribir el papel, pues considero,
y no con necio engaño,
que es de dos daños este el menor daf
si hay menor en los daños que recibo.
Quedaos aquí los dos, mientras yo escrib
(Va

ESCENA VI

COQUÍN y JACINTA.

JACINTA ¿Qué tienes estos días,
Coquín, que andas tan triste? ¿No soli
ser alegre? ¿Qué efeto
te tiene así?
COQUÍN Metíme a ser discreto
por mi mal, y hame dado
tan grande hipocondría en este lado,
que me muero.
JACINTA ¿Y qué es hipocondrí
COQUÍN Es una enfermedad que no la había
habrá dos años, ni en el mundo era.
Usase poco ha, y de manera

lo que se usa, amiga, no se excusa,
que una dama, sabiendo que se usa,
le dijo a su galán muy triste un día:
«Tráigame un poco uced de hipocondría.»
Mas Señor entra ahora.

INTA ¡Ay Dios! Voy a avisar a mi señora.

ESCENA VII

DON GUTIERRE, COQUÍN y JACINTA.

IERRE Tente, Jacinta, espera,
¿dónde corriendo vas de esa manera?

INTA Avisar pretendía
a mi señora de que ya venía
tu persona.

IERRE (¡Oh criados,
en efecto, enemigos no excusados!
Turbados de temor los dos se han puesto).
Ven acá, dime tú lo que hay en esto:
dime por qué corrías. (A Jacinta.)

INTA Solo por avisar de que venías,
Señor, a mi señora.

IERRE El labio sella.
(Mas deste lo sabré mejor que della.)
Coquín, tú me has servido
noble siempre, en mi casa te has criado:
a ti vuelvo rendido,
dime, dime por Dios lo que ha pasado.

QUÍN Señor, si algo supiera,
de lástima no más te lo dijera.
¡Plegue a Dios! mi señor...

IERRE ¡No, no dés voces!
¿De qué aquí te turbaste?

QUÍN Somos de buen turbar; mas esto baste.

IERRE (Señas los dos se han hecho.
Ya no son cobardías de provecho.)
Idos de aquí los dos.—Solos estamos.
(Vanse los dos.)
Honor, lleguemos ya: desdicha, vamos.
¿Quién vió en tantos enojos

matar las manos y llorar los ojos?
(Alza una cortina, y descubre a Doña Mencía e
biendo.)

ESCENA VIII

DOÑA MENCÍA y DON GUTIERRE.

GUTIERRE (Escribiendo Mencía
está : ya es fuerza ver lo que escribía.)
(Llega a ella y quítale el pa

MENCÍA ¡Ay Dios! ¡Válgame el cielo!
(Se desma

GUTIERRE Estatua viva se quedó de hielo. (I
Vuestra Alteza, señor... ¡Que por Alt
vino mi honor a dar en tal bajeza!
No se ausente... Detente,
voz : pues le ruega aquí que no se auser
a tanto mal me ofrezco,
que casi las desdichas me agradezco.
¿Si aquí le doy la muerte...?
Mas esto ha de pensarse desta suerte
Despediré criadas y criados :
solos han de quedarse mis cuidados
conmigo ; y ya que ha sido
Mencía la mujer que yo he querido
más en mi vida, quiero
que en el último vale, en el postrero
parasismo, me deba
la más nueva piedad, la acción más nue
Ya que la cura he de aplicar postrera,
no muera el alma, aunque la vida mue
(Escribe y vase. Vuelve en sí Doña Men

ESCENA IX

DOÑA MENCÍA.

¡Señor, detén la espada,
no me juzgues culpada :
el cielo sabe que inocente muero!
¿Qué fiera mano, qué sangriento acer

en mi pecho ejecutas? ¡Tente, tente!
¡Una mujer no mates inocente! [ahora
Mas ¿qué es esto ¡ay de mí! ¿no estaba
Gutierre aquí? ¿No vía (¿quién lo ignora?)
que en mi sangre bañada,
moría en rubias ondas anegada?
¡Ay Dios, este desmayo
fué de mi vida aquí mortal ensayo!
¡Qué ilusión! ¡Por verdad lo dudo y creo!
El papel romperé.—¡Pero qué veo!
De mi esposo es la letra, y desta suerte
la sentencia me intima de mi muerte:
El amor te adora, el honor te aborrece;
y así el uno te mata y el otro te avisa.
Dos horas tienes de vida: cristiana eres,
salva el alma, que la vida es imposible.
¡Válgame Dios! ¡Jacinta, hola! ¿Qué es [esto?
¿Nadie responde? ¡Otro temor funesto!
¿No hay alguna criada?
Mas ¡ay de mí! la puerta está cerrada,
nadie en casa me escucha. [cha!
¡Mucha es mi turbación, mi pena es mu-
Destas ventanas son los hierros rejas,
y en vano a nadie le diré mis quejas,
que caen a unos jardines, donde apenas
habrá quien oiga repetidas penas.
¿Dónde iré desta suerte,
tropezando en la sombra de mi muerte?

(Vase.)

Calle.

ESCENA X

EL REY y DON DIEGO.

En fin, ¿Enrique se fué?
Sí, señor: aquesta tarde
salió de Sevilla.
Creo
que ha presumido arrogante

que él solamente de mí
podrá en el mundo librarse.
¿A dónde va?

DIEGO Yo presumo
que a Consuegra,

REY Está el Infante
Maestre allí, y querrán los dos
a mis espaldas vengarse
de mí.

DIEGO Tus hermanos son,
y es forzoso que te amen
como hermano, y como a rey
te adoren : dos naturales
obediencias son.

REY Y Enrique
¿quién lleva que le acompañe?

DIEGO Don Arias.

REY Es su privanza.

DIEGO Música hay en esta calle.

REY Vámonos llegando a ellos :
quizá con lo que cantaren
me templaré.

DIEGO La armonía
es antídoto a los males.

CANTAN DENTRO *El infante don Enrique*
hoy se despidió del Rey ;
su pesadumbre y su ausencia
quiera Dios que pare en bien.

REY ¡Qué triste voz ! Vos, don Diego,
echad por aquesa calle,
no se nos escape quien
canta desatinos tales.

(Vase cada uno por su pa

Sala en casa de Don Gutierre.

ESCENA XI

DON GUTIERRE y LUDOVICO, cubierto el rostro.

GUTIERRE Entra, no tengas temor ;
que ya es tiempo que destape

tu rostro y encubra el mío. (Tápase.)

LUDOVICO ¡Válgame Dios!

GUTIERRE No te espante
nada que vieres.

LUDOVICO Señor,
de mi casa me sacasteis
esta noche; pero apenas
me tuvisteis en la calle,
cuando un puñal me pusisteis
al pecho, sin que cobarde
vuestro intento resistiese,
que fué cubrirme y vendarme
el rostro y darme mil vueltas
luego a mis propios umbrales.
Dijisteisme que mi vida
estaba en no destaparme;
una hora he andado con vos,
sin saber por dónde ande;
y con ser la admiración
de aqueste caso tan grave,
más me turba y me suspende
impensadamente hallarme
en una casa tan rica,
sin ver que la habite nadie
sino vos, habiéndôs visto
siempre ese embozo delante
¿Qué me queréis?

GUTIERRE Que te esperes
aquí solo un breve instante. (Vase.)

LUDOVICO ¡Qué confusiones son éstas
que a tal extremo me traen!
¡Válgame Dios! (Vuelve don Gutierre.)

GUTIERRE Tiempo es ya
de que entres aquí; mas antes
escúchame: aqueste acero
será de tu pecho esmalte,
si resistes lo que yo
tengo ahora de mandarte.
Asómate a ese aposento:
¿qué ves en él?

LUDOVICO Una imágen
de la muerte, un bulto veo

que sobre una cama yace:
dos velas tiene a los lados,
y un crucifijo delante.
Quién es, no puedo decir;
que con unos tafetanes
el rostro tiene cubierto.

GUTIERRE Pues a ese vivo cadáver
que ves, has de dar la muerte.

LUDOVICO Pues ¿qué quieres?

GUTIERRE Que la sangres,
y la dejes que rendida
a su violencia, desmaye
la fuerza, y que en tanto horror
tú atrevido la acompañes,
hasta que por breve herida
ella espire y se desangre.
No tienes que replicar,
si buscas en mí piedades;
sino obedecer, si quieres
vivir.

LUDOVICO Señor, tan cobarde
te escucho, que no podré
obedecerte.

GUTIERRE Quien hace
por consejos rigurosos
mayores temeridades,
darte la muerte sabrá.

LUDOVICO Fuerza es que mi vida guarde.

GUTIERRE Haces bien; que ya en el mundo
hay quien viva por que mate.
Desde aquí te estoy mirando,
Ludovico: entra delante. (Entrase Ludovico

ESCENA XII

DON GUTIERRE.

Este fué el más sutil medio
para que mi afrenta acabe
disimulada, supuesto
que el veneno fuera fácil

de averiguar, las heridas
imposibles de ocultarse.
Y así, contando la muerte,
y diciendo que fué lance
forzoso hacer la sangría,
ninguno podrá probarme
lo contrario, si es posible
que una venda se desate.
Haber traído a este hombre
con recato semejante,
fué bien; pues si descubierto
viniera, y viera sangrarse
una mujer, y por fuerza,
fuera presunción notable.
Este no podrá decir,
cuando refiera este trance,
quién fué la mujer; demás,
que cuando de aquí le saque,
muy lejos ya de mi casa
estoy dispuesto a matarle.
Médico soy de mi honor:
la vida pretendo darle
con una sangría; que todos
curan a costa de sangre.

Calle.

ESCENA XIII

LEY y DON DIEGO, que vuelven a salir cada uno por su parte.

Música dentro.

(Cantan dentro.)

Para Consuegra camina,
donde piensa que han de ser
teatros de mil tragedias
las montañas de Montiel.

¡Don Diego!

DIEGO — Señor...
REY — Supuesto
que cantan en esta calle,
¿no hemos de saber quién es?
¿Habla por ventura el aire?
DIEGO — No te desvele, señor,
oir estas necedades;
porque a vuestro enojo ya
versos en Sevilla se hacen.
REY — Dos hombres vienen aquí.
DIEGO — Es verdad: no hay que esperarles
respuesta. Hoy el conocerlos
importa.

ESCENA XIV

Dichos, DON GUTIERRE, que trae a LUDOVICO con los ojos vendados.

GUTIERRE — (¡Que así me ataje
el cielo, que con la muerte
deste hombre eche otra llave
al secreto! Ya me es fuerza
de aquestos dos retirarme;
que nada me está peor
que conocerme en tal parte.
Dejaréle en este puesto. (Vase

ESCENA XV

EL REY, DON DIEGO y LUDOVICO, con los ojos vendados.

DIEGO — De los dos, señor, que antes
venían, se volvió el uno,
y el otro se quedó.
REY — A darme
confusión; que si le veo
a la poca luz que esparce
la luna, no tiene forma
su rostro: confusa imágen,

el vulto, mal acabada,
parece de blanco jaspe (*a*).
Téngase tu Majestad,
que yo llegaré.
Dejadme,
don Diego. ¿Quién eres, hombre?
Dos confusiones son parte,
señor, a no responderos: (Descubre.)
la una, la humildad que trae
consigo un pobre oficial,
para que con reyes hable
(que ya os conocí en la voz,
luz que tan notorio os hace);
la otra, la novedad
del suceso más notable,
que el vulgo, archivo confuso,
califica en sus anales.
¿Qué os ha sucedido?
A vos
lo diré, escuchadme aparte.
Retiraos allí, don Diego.
(Sucesos son admirables
cuantos esta noche veo:
Dios con bien della me saque.)
No le vi el rostro, mas solo
entre repetidos ayes
escuché: «Inocente muero;
el cielo no te demande
mi muerte.» Esto dijo, y luego
espiró; y en este instante
el hombre mató la luz,
y por los pasos que antes
entré, salí. Sintió ruido
al llegar a aquesta calle,

---

a) El sentido es éste.
El vulto (rostro) parece confusa imágen, mal acabada, de blanco

Otras impresas dicen:

confusa imágen
el bulto, mal acabado,
parece de un blanco jaspe

y dejóme en ella solo.
Fáltame ahora de avisarte,
señor, que saqué bañadas
las manos en roja sangre,
y que fuí por las paredes,
como que quise arrimarme,
manchando todas las puertas,
por si pueden las señales
descubrir la casa.

REY ¡Bien
hiciste! Venid a hablarme
con lo que hubiéreis sabido,
y tomad este diamante,
y decid que por las señas
dél os permitan hablarme
a cualquier hora que vais.

LUDOVICO El cielo, señor, os guarde. (Va

REY Vamos, don Diego.

DIEGO ¿Qué es eso?

REY El suceso más notable
del mundo.

DIEGO Triste has quedado.

REY Forzoso ha sido asombrarme.

DIEGO Vente a acostar, que ya el día
entre dorados celajes
asoma.

REY No he de poder
sosegar, hasta que halle
una casa que deseo (*a*).

DIEGO ¿No miras que ya el sol sale,
y que podrán conocerte
desta suerte?

ESCENA XVI

COQUIN, EL REY y DON DIEGO.

COQUIN Aunque me mates,
habiéndote conocido,

(a) Una "cosa"... en otros impresos: debe de ser errata.

¡oh señor! tengo de hablarte:
escúchame.
Pues, Coquin,
¿de qué los extremos son?
Esta es una honrada acción,
de hombre bien nacido en fin;
que aunque hombre me consideras
de burlas con loco humor,
llegando a veras, señor,
soy hombre de muchas veras.
Oye lo que he de decir,
pues de veras vengo a hablar;
que quiero hacerte llorar
ya que no puedo reir.
Gutierre, mal informado
por aparentes recelos,
llegó a tener viles celos
de su honor; y hoy obligado
a tal sospecha, que halló
escribiendo (¡error cruel!)
para el Infante un papel
a su esposa, que intentó
con él que no se ausentase,
porque esto causa no fuese (*a*)
de que en Sevilla se viese
la novedad que causase
pensar que ella le ausentaba...
Con esta inocencia, pues,
(que a mí me consta), con pies
cobardes, adonde estaba
llegó, y el papel tomó;
y, sus celos declarados,
despidiendo a los criados,
todas las puertas cerró,
solo se quedó con ella.
Yo enternecido de ver
una infelice mujer
perseguida de su estrella,
vengo, señor, a avisarte
que tu brazo altivo y fuerte

(*a*) Porque "ella" causa no fuese.

hoy la libre de la muerte.
REY — ¿Con qué he de poder pagarte
tal piedad?
COQUIN Con darme aprisa
libre, sin más accidentes,
de la acción contra mis dientes.
REY No es ahora tiempo de risa.
COQUIN ¿Cuándo lo fué?
REY Y pues el día
aun no se muestra, lleguemos,
don Diego. (Var

Otra calle, y en ella la casa de don Gutierre. En la puerta se v
señal de una mano sangrienta.

ESCENA XVII

LOS MISMOS.

REY Así, pues, daremos
color a una industria mía,
de entrar en casa mejor,
diciendo que me ha cogido
cerca el día, y he querido
disimular el color
del vestido; y una vez
allá, el estado veremos
del suceso; y así haremos
como rey, supremo juez.
DIEGO No hubiera industria mejor.
COQUIN De su casa lo has tratado
tan cerca, que ya has llegado;
que esta es su casa, señor.
REY Don Diego, espera.
DIEGO ¿Qué ves?
REY ¿No ves sangrienta una mano
impresa en la puerta?
DIEGO Es llano.
REY (Gutierre sin duda es
el cruel que anoche hizo

una acción tan inclemente.
No sé qué hacer. Cuerdamente
sus agravios satisfizo.

ESCENA XVIII

Dichos, DOÑA LEONOR e INÉS, con mantos.

NOR Salgo a misa antes del día,
porque ninguno me vea
en Sevilla, donde crea
que olvido la pena mía.
Mas gente hay aquí. ¡Ay Inés!
¿El rey, qué hará en esta casa?
Tápate en tanto que pasa.
Acción excusada es,
porque ya estais conocida.
NOR No fué encubrirme, señor,
por excusar el honor
de dar a tus pies la vida.
Esa acción es para mí,
de recatarme de vos,
pues sois acrêdor, por Dios,
de mis honras; que yo os di
palabra, y con gran razón,
de que he de satisfacer
vuestro honor; y lo he de hacer
en la primera ocasión.

ESCENA XIX

Dichos y DON GUTIERRE.

TIERRE (Dentro.)
¡Hoy me he de desesperar,
cielo airado, si no baja
un rayo de esas esferas
y en cenizas me desata!
¿Qué es esto?

DIEGO Loco, furioso
don Gutierre de su casa
sale.
REY ¿Dónde vais, Gutierre?
GUTIERRE (Sale.) A besar, señor, tus plantas;
y de la mayor desdicha,
de la tragedia más rara,
escucha la admiración,
que eleva, admira y espanta.
Mencía, mi amada esposa,
tan hermosa como casta,
virtuosa como bella
(dígalo a voces la fama):
Mencía, a quien adoré
con la vida y con el alma,
anoche a un grave accidente
vió su perfección postrada,
por desmentirla divina
este accidente de humana.
Un médico, que lo es
el de mayor nombre y fama,
y el que en el mundo merece
inmortales alabanzas,
le recetó una sangría,
porque con ella esperaba
restituir la salud
a un mal de tanta importancia.
Sangróse en fin; que yo mismo,
por estar sola la casa,
llamé al sangrador, no habiendo
ni criados ni criadas.
A verla en su cuarto, pues,
quise entrar esta mañana...
Aquí la lengua enmudece,
aquí el aliento me falta.
Veo de funesta sangre
teñida toda la cama,
toda la ropa cubierta,
y que en ella ¡ay Dios! estaba
Mencía, que se había muerto
esta noche desangrada.
Ya se ve cuán fácilmente

una venda se desata.
¿Pero para qué presumo
reducir hoy a palabras
tan lastimosas desdichas?
Vuelve a esta parte la cara,
y verás sangriento el sol,
verás la luna eclipsada,
deslucidas las estrellas
y las esferas borradas;
y verás a la hermosura
más triste y más desdichada,
que, por darme mayor muerte,
no me ha dejado sin alma.

(Descúbrese a doña Mencía en la cama) (a).

¡Notable suceso! (Aquí
la prudencia es de importancia.
Mucho en reportarme haré.
Tomó notable venganza.)
Cubrid ese horror que asombra,
ese prodigio que espanta,
espectáculo que admira,
símbolo de la desgracia.
Gutierre, menester es
consuelo; y porque le haya
en pérdida que es tan grande
con otra tanta ganancia,
dadle la mano a Leonor;
que es tiempo que satisfaga
vuestro valor lo que debe,
y yo cumpla la palabra
de volver en la ocasión
por su valor y su fama.

GUTIERRE Señor, si de tanto fuego
aun las cenizas se hallan
calientes, dadme lugar
para que llore mis ansias.
¿No queréis que escarmentado
quede?

(a) Esto se haría en tiempo de Calderón descorriendo una cor[illegible] suponiéndose que era de una ventana correspondiente a la al[illegible] de doña Mencía.—(Nota del señor Hartzenbusch.)

REY — Esto ha de ser, y basta.
GUTIERRE — Señor, ¿queréis que otra vez,
no libre de la borrasca,
vuelva al mar? ¿Con qué disculpa?
REY — Con que vuestro rey lo manda.
GUTIERRE — Señor, escuchad aparte
disculpas.
REY — Son excusadas.
¿Cuáles son?
GUTIERRE — ¿Si vuelvo a verme
en desdichas tan extrañas,
que de noche halle embozado
a vuestro hermano en mi casa...?
REY — No dar crédito a sospechas.
GUTIERRE — ¿Y si detrás de mi cama
hallase tal vez, señor,
de don Enrique la daga?
REY — Presumir que hay en el mundo
mil sobornadas criadas,
y apelar a la cordura.
GUTIERRE — A veces, señor, no basta.
¿Si veo rondar después
de noche y de día mi casa?
REY — Quejárseme a mí.
GUTIERRE — ¿Y si cuando
llego a quejarme, me aguarda
mayor desdicha escuchando?
REY — ¿Qué importa, si él desengaña,
que fué siempre su hermosura
una constante muralla
de los vientos defendida?
GUTIERRE — ¿Y si volviendo a mi casa
hallo algun papel que pide
que el Infante no se vaya?
REY — Para todo habrá remedio.
GUTIERRE — ¿Posible es que a esto le haya?
REY — Sí, Gutierre.
GUTIERRE — ¿Cuál, señor?
REY — Uno vuestro.
GUTIERRE — ¿Qué es?
REY — Sangrarla.
GUTIERRE — ¿Qué decís?

Que hagais borrar
las puertas de vuestra casa;
que hay mano sangrienta en ellas.
ERRE Los que de un oficio tratan,
ponen, señor, a las puertas
un escudo de sus armas:
trato en honor, y así pongo
mi mano en sangre bañada
a la puerta; que el honor
con sangre, señor, se lava.
Dádsela, pues, a Leonor;
que yo sé que su alabanza
la merece.
ERRE Sí la doy. (Dale la mano.)
Mas mira que va bañada
en sangre, Leonor.
OR No importa;
que no me admira ni espanta.
ERRE Mira que médico he sido
de mi honra: no está olvidada
la ciencia.
OR Cura con ella
mi vida, en estando mala.
ERRE Pues con esta condición
te la doy. Con esto acaba
El médico de su honra.
Perdonad sus muchas faltas.

FELÓN

FIN DEL DRAMA

...as que tiene existentes TEATRO POPULAR

LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
LA CAPTURA DE RAFFLES. — L. Millá y G. X. Roure
EL SOL DE LA HUMANIDAD. * — José Fola Igúrbide
ZAZÁ. * — C. Costa y J. M.ª Jordá.
MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González)
HAMLET. — Pompeyo Gener.
GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
EL REY. — Enrique Henríquez.
PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez
LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide
CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.ª Jordá.
JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
SABOTAGE. E. Arroyo y C. Dotesio.—PASA LA RONDA. F. Llano
MAGDA. — Carlos Costa y José M.ª Jordá.
EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo
EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez
LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano
EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer
LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño
AURORA. — Joaquín Dicenta.
EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
EL CUCHILLO DE PLATA. — E. V. y Valenciano y Roca y Roca
NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa
¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.
EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra
EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt
AMOR DE AMAR. — CUENTO INMORAL. Jacinto Benavente
LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez
LA DOMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide

47. EL CAPITÁN CAJERO, O LOS DOS SARGENTOS FRAN SES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta.
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA. — J. M.ª Jordá y Luis de Zulu
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratín.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54 LA VIUDA ALEGRE. — A. Roger Junoi.
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANTÉS, O EL CONDE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.ª Jordá
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artis.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES. — Luis llá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63 SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — E. Vidal.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MAESTRO ES AMOR. — Refund por Luis Suñer Casademunt.
65 EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide.
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67 LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN.—Baró, Salvat y Sal
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.
69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — E lio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.
80. EL DIFUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82 ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.
83 ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85 EL ADVERSARIO. — Alfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87 BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.

Las marcadas con * están agotadas.

TEATRO POPULA

ADMINISTRACIÓN: ARAGÓN, 386. — BARCELO

OBRAS PUBLICADAS

1. EL JOROBADO, por A. Bourgeois y Paul Febal.
2. EL CRISTO MODERNO, por José Fola Igúrbide.
3. TREINTA AÑOS O LA VIDA DE UN JUGADOR, por Du ge y Dinaux.
4. DON GIL DE LAS CALZAS VERDES, por Tirso de Molin
5. LA CARCAJADA. por Felipe D'Ennery.
6. EMILIO ZOLA O EL PODER DEL GENIO, por José I Igúrbide.
7. LA TABERNA, por Emilio Zola.
8. EL MEJOR ALCALDE, EL REY, por Lope de Vega.
9. FANSOMAS O EL LADRÓN INCOMPRENSIBLE, por Ger y Musset.
10. CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR, Calderón de la Barca.
11. EL MÉDICO DE SU HONRA, por Calderón de la Barca.

SEMANA PRÓXIMA:

MIGUEL STROGOFI